

CAPÍTULO I

EL IMPERIALISMO

María Dolores Béjar, Marcelo Scotti, Leandro Sessa

Introducción

Los contenidos de este capítulo pueden organizarse en torno a cinco cuestiones básicas:

- La expansión imperialista en relación con los escenarios ideológicos, políticos y económicos de los países centrales.
- La terminación del reparto colonial de Asia. La división de África entre las metrópolis. La ocupación de Oceanía.
- La dependencia de América Latina, Central y el Caribe del mercado mundial. Colonias en la región.
- El análisis de las transformaciones económicas a partir de los problemas planteados por la crisis del capitalismo en 1873. Distinguir los rasgos básicos de dicha crisis y precisar el significado que asignan los autores propuestos en la bibliografía a la globalización económica bajo la hegemonía de Gran Bretaña.
- El significado de los cambios en el escenario político-ideológico a partir de las siguientes cuestiones: el proceso de democratización, la gravitación del socialismo, sus distintas tendencias y los debates entre las mismas y, por último, la emergencia de la nueva derecha.

El mundo del último cuarto del siglo XIX estuvo lejos de ser un espacio homogéneo, esto al margen que algunos procesos básicos, por ejemplo, la intensificación del proceso industrial, el desarrollo renovado de las tecnologías y el conocimiento científico occidental, la democracia constitucional como concepciones y prácticas organizadoras de las relaciones entre Estado y sociedad tuvieron repercusiones casi globales. Sin embargo, en las distintas partes del mundo asumieron desiguales grados de incidencia y diferentes modos de vincularse con el orden existente. Por ejemplo, como veremos más adelante, aunque en todos los antiguos imperios, Persia, China y el Otomano, fue evidente el impacto de Occidente, las trayectorias históricas de cada uno de ellos presentan marcados contrastes. En relación con la existencia de procesos históricos singulares, la exploración los mismos puede organizarse en base al reconocimiento de los siguientes grupos de países:

- Las principales potencias europeas: la República de Francia, el Reino Unido y el Imperio de los Hohenzollern en Alemania.
- Los imperios multinacionales de Europa del este: el de los Habsburgo en Austria-Hungría y los Romanov en Rusia.
- Las nuevas potencias industriales extra europeas: el Imperio de Japón y la República de Estados Unidos.
- Los viejos imperios en crisis: Persia, China y el Otomano.
- Los países soberanos, pero muy dependiente en el plano económico, de América Latina, Central y el Caribe.

No debe perderse de vista que las unidades políticas de cada conjunto tuvieron rasgos claves propios y entre unas y otras existieron diferencias. Al mismo tiempo es preciso tener en cuenta las conexiones entre los grupos propuestos. Esta clasificación tiene el propósito central de organizar el análisis político.

El reparto imperialista

Entre 1876 y 1914, una cuarta parte del planeta fue distribuida en forma de colonias entre media docena de Estados europeos: Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Países Bajos, Bélgica. Los imperios del período preindustrial, España y Portugal, tuvieron una participación secundaria. Los países de reciente industrialización extraeuropeos, Estados Unidos y Japón, interesados en el zona del Pacífico, fueron los últimos en presentarse en escena. En el caso de Gran Bretaña, la expansión de fines del siglo XIX presenta líneas de continuidad con las anexiones previas; fue el único país que, en la primera mitad del siglo XIX, ya tenía un imperio colonial.

La conquista y el reparto colonial lanzados en los años 80 fueron un proceso novedoso por su amplitud, su velocidad y porque estuvo asociado con la nueva fase del capitalismo, la de una economía que entrelazaba las distintas partes del mundo. Los principales estadistas de la repitieron una y otra vez que era preciso abrir nuevos mercados y campos de inversión para evitar el estancamiento de la economía nacional. Además, según su discurso, las culturas superiores tenían la misión de civilizar a las razas inferiores. En el marco de la gran depresión (1873-1895), gran parte de los dirigentes liberales de la época –Joseph Chamberlain en Gran Bretaña y Jules Ferry en Francia, por ejemplo– giraron hacia el imperialismo para sostener una política expansionista apoyada por el Estado y basada en un fuerte potencial militar que garantizaría la superioridad de la propia nación. Pero también hubo liberales que rechazaron la colonización como una empresa “civilizadora”. Desde esta posición el republicano francés George Clemenceau sostuvo que:

¿Razas superiores? Razas inferiores, ¡es fácil decirlo! Por mi parte, yo me aparto de tal opinión después que he visto a los alemanes demostrar científicamente que Francia debía perder la guerra franco-alemana porque la francesa es una raza inferior a la alemana. Desde entonces, lo confieso, miro dos veces antes de volverme hacia un hombre o una civilización y pronunciar: hombre o civilización inferior. ¡Raza inferior los hindúes con esa gran civilización refinada que se pierde en la noche de los tiempos! ¡Con esa gran religión budista que la India dejó a China!, ¡con ese gran florecimiento del arte que todavía hoy podemos ver en las magníficas ruinas! ¡Raza inferior los chinos! Con esa civilización cuyos orígenes son desconocidos y que parece haber sido la primera en ser empujada hacia sus límites extremos. (En Bibliothèque de l'Assemblée nationale. Traducción Sandra Raggio)

En el caso de los socialistas, algunos dirigentes de la Segunda Internacional también adjudicaron a la expansión europea un significado civilizador. El debate fue especialmente álgido en el congreso de Stuttgart, en 1907.

Eduard Bernstein (Alemania). Soy partidario de la resolución de la mayoría [...]. La fuerza creciente del socialismo en algunos países aumenta también la responsabilidad de nuestros grupos. Por eso no podemos mantener nuestro criterio puramente negativo en materia colonial [...]. Debemos rechazar la idea utópica cuyo objetivo vendría a ser el abandono de las colonias. La última consecuencia de esta concepción sería que se devuelva Estados Unidos a los indios (movimientos en la sala). Las colonias existen, por lo tanto debemos ocuparnos de ellas. Y estimo que una cierta tutela de los pueblos civilizados sobre los pueblos no civilizados es una necesidad. Esto fue reconocido por numerosos socialistas, sobre todo por Lassalle y Marx. En el tercer tomo de El capital leemos la siguiente frase: "La tierra no pertenece a un solo pueblo sino a la humanidad, y cada pueblo debe utilizarla para beneficio de la humanidad". [...]

Van Kol (Holanda). [...] Desde que la humanidad existe hubo colonias y creo que seguirán existiendo durante largos siglos [...]. Me limito a preguntar a Ledebour si, durante el régimen actual, tiene el coraje de renunciar a las colonias. ¿Él sabrá decirme entonces qué hará con la superpoblación de Europa, en qué país podrán subsistir las personas que quieren emigrar si no es en las colonias? ¿Qué hará Ledebour con el creciente producto de la industria europea si no trata de hallar nuevos mercados en las colonias? [...]

Karski (Alemania). [...] David ha reconocido el derecho de una nación a tomar bajo su tutela a otra nación. Nosotros, los polacos, que tenemos como tutor al zar de Rusia y al gobierno de Prusia, sabemos lo que significa esa tutela. (Exclamaciones de aprobación). Aquí hay una confusión en la expresión debida no tanto a la influencia burguesa como a la influencia de los terratenientes. Al afirmar que todo pueblo debe pasar por el capitalismo, David invoca la autoridad de Marx. Yo cuestiono esa interpretación. Marx dice que los pueblos en donde hay un comienzo de desarrollo capitalista deben completar esa evolución, pero

nunca dijo que todos los pueblos tengan que atravesar la etapa capitalista [...]. Creo que para un socialista existen también otras civilizaciones además de la civilización capitalista o europea. No tenemos ningún derecho a vanagloriarnos tanto de nuestra civilización y a imponerla a los pueblos asiáticos, poseedores de una cultura mucho más antigua y quizás más desarrollada. (Se oyen exclamaciones de aprobación). David también ha afirmado que las colonias retornarán a la barbarie si se las abandona a su suerte. Esta afirmación me parece relativa, sobre todo en lo que atañe a la India. Allí me represento la evolución de otra manera. Es perfectamente posible mantener la cultura europea en ese país sin que por ello los europeos dominen con la fuerza de sus bayonetas. De ese modo, ese pueblo podría desarrollarse libremente. Por lo tanto, les propongo votar la resolución de la minoría. (En Carrère D'Encausse, Hélène y Stuart Schram, *El marxismo y Asia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974)

En las últimas décadas del siglo XIX, en el marco de un capitalismo cada vez más global, se desató una intensa competencia por la apropiación de nuevos espacios y la subordinación de las poblaciones que los habitaban.

La expansión de un pequeño número de Estados desembocó en el reparto de África y el Pacífico, así como también en la consolidación del control sobre Asia (aunque la región oriental de este continente quedó al margen de la colonización occidental).

El escenario latinoamericano no fue incluido en el reparto colonial, pero se acentuó su dependencia de la colocación de los bienes primarios en el mercado mundial. El crecimiento económico de los países de esta región dependió del grado de integración en la economía global del último cuarto del siglo XIX. En el Caribe, a la prolongada dominación europea de gran parte de las islas y algunos territorios de América Central y del Sur se sumó la creciente gravitación de Estados Unidos, especialmente partir de su intervención en la guerra de liberación de Cuba contra España en 1898.

Las nuevas industrias y los mercados de masas de los países industrializados absorbieron materias primas y alimentos de casi todo el mundo. El trigo y las carnes desde las tierras templadas de la Argentina, Uruguay, Canadá, Australia y Nueva Zelanda; el arroz de Birmania, Indochina y Tailandia; el aceite de palma de Nigeria, el cacao de costa de Oro, el café de Brasil y Colombia, el té de Ceilán, el azúcar de Cuba y Brasil, el caucho del Congo, la Amazonia y Malasia, la plata de México, el cobre de Chile y México, el oro de Sudáfrica.

Las colonias, sin embargo, no fueron decisivas para asegurar el crecimiento de las economías metropolitanas. El grueso de las exportaciones e importaciones europeas en el siglo XIX se realizaron con otros países desarrollados. La argumentación del economista liberal inglés John Atkinson Hobson y el dirigente bolchevique Lenin, acerca de que el imperialismo era resultado de la búsqueda de nuevos centros de inversión rentables, no se correspondió acabadamente con la realidad. Los lazos económicos que Gran Bretaña forjó con determinadas colonias –Egipto, Sudáfrica y muy especialmente la India– tuvieron una importancia central para conservar su predominio. La India fue una pieza clave de la estrategia británica global: era la puerta de acceso para las exportaciones de algodón al Lejano Oriente y consumía del 40 al

45 % de esas exportaciones; además, la balanza de pagos del Reino Unido dependía para su equilibrio de los pagos de la India. Pero los éxitos económicos británicos dependieron en gran medida de las importaciones y de las inversiones en los dominios blancos, Sudamérica y Estados Unidos.

En el afán de refutar las razones económicas esgrimidas por Hobson y Lenin, una corriente de historiadores enfatizó el peso de los fines políticos y estratégicos para explicar la expansión europea. Estos objetivos estuvieron presentes, pero sin que sea posible disociarlos del nuevo orden económico. Cuando Gran Bretaña, por ejemplo, creó colonias en África oriental en los años 80: de ese modo frenaba el avance alemán y sin que existiera un interés económico específico en esa región. Pero esta decisión debe inscribirse en el marco de su condición de metrópoli de un vasto imperio y, desde esta perspectiva, no cabe duda del afán de Londres por asegurarse tanto el control sobre la ruta hacia la India desde el Canal de Suez, como la explotación de los yacimientos de oro recientemente encontrados al norte de la Colonia del Cabo. En este contexto, la distinción entre razones políticas y económicas es poco consistente.

En principio, tanto las colonias formales como las informales se incorporaron al mercado mundial como economías dependientes, pero esta subordinación tuvo impactos sociales y económicos disímiles en cada una de las periferias mencionadas. En primer lugar, porque el rumbo de las colonias quedó atado a los objetivos metropolitanos. En cambio, en los países semi-soberanos, sus grupos dominantes pudieron instrumentar medidas teniendo en cuenta sus intereses y los de otras fuerzas internas con capacidad de presión. Pero además, tanto en la esfera colonial como en la de las colonias informales, coexistieron desarrollos económicos desiguales en virtud de los distintos tipos de organizaciones productivas. Los enclaves cerrados, los casos de las grandes plantaciones agrícolas tropicales como las de caña de azúcar, el tabaco y el algodón, junto con las explotaciones mineras, dieron paso a sociedades fracturadas. Por un lado, un reducido número de grandes propietarios muy ricos; por otro, una masa de trabajadores con bajísimos salarios y en muchos casos sujetos a condiciones serviles. En las regiones en que predominaron estas actividades productivas hubo poco margen para que el *boom* exportador alentase el crecimiento económico en forma extendida. Tanto en Latinoamérica como en las Indias Orientales Holandesas, el cultivo del azúcar, por ejemplo, estuvo asociado a la presencia de oligarquías reaccionarias y masas empobrecidas. En cambio, los cultivos basados en la labor de pequeños y medianos agricultores y en los que el trabajo forzado era improductivo –los casos del trigo, el café, el arroz, el cacao– ofrecieron un marco propicio para la constitución de sociedades más equilibradas y con un crecimiento económico de base más amplia.

Gran parte de las áreas dependientes no se beneficiaron del crecimiento de la economía global. En la mayoría de las colonias se acentuó la pobreza y sus poblaciones fueron víctimas de prácticas depredatorias. Portugal en África, Holanda en Asia y el rey Leopoldo II en el Congo fueron los más decididos explotadores.

En aquellas colonias donde una minoría de europeos impuso su dominación sobre grandes poblaciones autóctonas –los casos de Kenia, Argelia, Rhodesia, África del Sur– los colonos

acapararon la mayor parte de las tierras productivas, impusieron condiciones de trabajo forzado y marginaron a los nativos sobre la base de la discriminación racial.

Las experiencias en las que la incorporación al mercado mundial dio lugar a una importante renovación y modernización de la economía estuvieron localizadas en las áreas de colonización reciente que contaban con la ventaja de climas templados y tierras fértiles para la agricultura y la ganadería. En Canadá, Uruguay, Argentina, Australia, Nueva Zelanda, Chile, el sur de Brasil las lucrativas exportaciones de granos, carnes y café alentaron la afluencia de inmigrantes y la expansión de grandes ciudades que estimularon la producción de bienes de consumo para la población local. Aquí hubo incentivos para promover una incipiente industrialización.

También las colonias en que prevalecieron los cultivos de pequeña explotación fueron beneficiadas con un cierto grado de crecimiento económico a través del incremento de las exportaciones. En la costa occidental de África: Nigeria con el aceite de palma y cacahuete, Costa de Oro (Ghana) con el cacao y Costa de Marfil con la madera y el café. En el sur y sureste de Asia: Birmania, Tailandia e Indochina, los campesinos multiplicaron la producción de arroz. Pero en estos casos no hubo aliciente para la producción industrial en virtud de las limitaciones impuestas por el colonialismo y el bajo nivel de la vida local.

Para organizar sus nuevas posesiones, los europeos recurrieron a dos tipos de relación reconocidos oficialmente: el protectorado y la colonia propiamente dicha. En el primer caso – que se aplicó en la región mediterránea y después en las ex colonias alemanas– las naciones “protectoras” ejercían teóricamente un mero control sobre autoridades tradicionales; en el segundo, la presencia imperial se hacía sentir directamente.

Sin embargo, en lo que respecta al aspecto político hubo algunas diferencias entre los sistemas aplicados por cada nación dominante. Inglaterra puso en práctica el *indirect rule* (gobierno indirecto), que consistía en dejar en manos de los jefes autóctonos ciertas atribuciones inferiores, reservando para el gobernante nombrado por Londres y unos pocos funcionarios blancos el control de estas actividades y la puesta en marcha de la colonia. Francia, más centralizadora, entregó a una administración europea la conducción total de los territorios; Bélgica aplicó un estricto paternalismo sostenido por tres pilares: la administración colonial, la Iglesia católica y las empresas capitalistas. Cualquiera que fuese el sistema político imperante, todas las metrópolis compartían el mismo criterio respecto de la función económica de las colonias: la colonización no se había hecho para desarrollar económica y socialmente a las regiones dominadas sino para explotar las riquezas latentes en ellas en beneficio del capitalismo imperial.

Los imperios coloniales en Asia

En Asia, las principales metrópolis ya habían delimitado sus posiciones antes del reparto colonial del último cuarto del siglo XIX. Los hechos más novedosos de este período en el

continente asiático fueron: la anexión de Indochina al Imperio francés, la emergencia de Japón como potencia colonial y la presencia de Estados Unidos en el Pacífico después de la anexión de Hawai y la apropiación de Filipinas. El movimiento de expansión imperialista de fines del siglo XIX recayó básicamente sobre África.

En Asia, los países occidentales se encontraron con grandes imperios tradicionales con culturas arraigadas y la presencia de fuerzas decididas a resistir la dominación europea. El avance de los centros metropolitanos dio lugar a tres situaciones diferentes. Por una parte, la de los imperios y reinos derrotados militarmente convertidos en colonias, como los del subcontinente indio, de Indochina y de Indonesia. Por otra, la de los imperios que mantuvieron su independencia formal, pero fueron obligados a reconocer zonas de influencia y a entregar parte de sus territorios al gobierno directo de las potencias: los casos de Persia y China. Por último, la experiencia de Japón, que frente al desafío de Occidente llevó a cabo una profunda reorganización interna a través de la cual no solo preservó su independencia sino que logró erigirse en una potencia imperialista¹.

Cuando los europeos –portugueses, franceses, holandeses, ingleses– se instalaron en la India en el siglo XVI se limitaron a crear establecimientos comerciales en las costas para obtener las preciadas especias, esenciales para la comida europea. En ese momento se afianzaban los mogoles, cuyo imperio alcanzó su máximo esplendor en la primera mitad del siglo XVII. A lo largo de este período, la Compañía de las Indias Orientales inglesa, a través de

¹ Bajo el régimen Tokugawa (1603-1867) se consolidó un orden feudal basado en un rígido sistema de castas y la concentración del poder en un jefe militar llamado shogun. Durante este largo período, Japón se mantuvo aislado de Occidente. En 1639 se prohibió la entrada a todos los occidentales, exceptuando a los mercaderes holandeses e inaugurando así la política llamada *sakoku* (cierre). La revolución Meiji (1868) cambió drásticamente esta formación política social para formar un Estado nacional unificado e industrializado.

La revolución Meiji no obedeció en ningún momento a un plan preciso; los revolucionarios fueron enterándose de los temas y de las soluciones mediante la reiteración del proceso ensayo-error, a través de aproximaciones sucesivas. La toma del poder en 1868 por la elite japonesa moderna se presentó como restauración, más que como revolución, y se produjo siguiendo los procedimientos legales autóctonos vigentes. El último shogun devolvió formalmente el poder al emperador. Pero pese a las apariencias formales de legitimidad, la restauración Meiji fue un golpe de Estado organizado por grupos descontentos de la periferia de la elite existente. Se apoderaron de la antigua institución del trono, hasta ese momento prácticamente sin poder, y la utilizaron como cobertura para aplastar el sistema feudal de vasallaje y los centros de poder casi independientes. Tomaron en sus manos y centralizaron las instituciones de control políticas y económicas con gran rigor y eficacia.

Los samuráis del sudoeste de Japón pretendían evitar el destino del resto del mundo no occidental –la colonización a manos de las potencias imperialistas–, al tiempo que sometían a un campesinado cada vez más rebelde y empobrecido.

Los comerciantes quedaron en general arruinados o expropiados y el campo se explotó despiadadamente para extraer todos los recursos posibles con los que financiar la carrera japonesa hacia la industrialización. Los puestos de control en los nuevos bancos e industrias se concentraron en manos de los antiguos samuráis, respaldados por un nuevo mandarinato burocrático organizado según el modelo prusiano, al tiempo que se copiaron instituciones destinadas a un más eficaz control social. Entre ellas, el servicio militar obligatorio, un sistema de educación pública militarizado, una reformulación deliberada de las prácticas religiosas –que las convirtió en un sintoísmo estatal politizado y centralmente administrado–, y la inculcación de una ideología hipernacionalista de adoración al emperador.

Durante su dominio –aproximadamente desde 1868 hasta principios de la década de 1920–, los dirigentes del Japón meiji también buscaron situarse ventajosamente en el orden global financiero y militar centrado en la City londinense. El oro acumulado, básicamente el recibido como reparaciones de la dinastía Qing después de la guerra chino-japonesa de 1895, fue colocado en los sótanos del Banco de Inglaterra, en lugar de llevarse a Japón. Esta política, denominada *zaigai seika* –“especies dejadas fuera”–, se basaba en la capacidad del dinero para crear más dinero: oro, reservas bancarias, reservas internacionales, y tenía dos papeles: como respaldo para la creación de crédito de Japón y también como contribución a la oferta monetaria de Gran Bretaña, que mantenía así su capacidad de compra.

La *zaigai seika* constituiría el telón de fondo financiero para la firma de la alianza anglo-japonesa en 1902, que selló la admisión de Japón en el club de naciones que defendían el orden global existente. En treinta y cuatro años el país había pasado de ser un lugar inhóspito a convertirse en un importante pilar de la hegemonía británica en Asia oriental y en una potencia imperialista por derecho propio. Japón obtuvo en los mercados globales los fondos necesarios para llevar a cabo y ganar la guerra ruso-japonesa de 1904-1905.

acuerdos con los mogoles, estableció sus primeras factorías en Madrás, Bombay y Calcuta y fue ganando primacía sobre el resto de los colonizadores. A fines del siglo XVIII, derrotó a Francia, su principal rival. A mediados del siglo XIX, la mencionada Compañía ya se había convertido en la principal fuente de poder. Su victoria fue posibilitada, en gran medida, por la decadencia del Imperio mogol y las rivalidades entre los poderes locales. En un primer momento, los ingleses actuaron como auxiliares de los mandatarios indios que disputaban entre ellos por quedarse con la herencia del Imperio mogol. Cuando se hizo evidente que los británicos tenían sus propios intereses, los príncipes marathas (los marathas eran pueblos de diversas estirpes, unidos por una lengua común y la devoción religiosa hindú que les daba identidad cultural) intentaron ofrecer resistencia, pero la confederación maratha fue acabadamente derrotada y disuelta entre 1803 y 1818.

Las grandes revueltas de 1857-58 fueron el último intento de las viejas clases dirigentes por expulsar a los británicos y restaurar el Imperio mogol; los indios más occidentalizados se mantuvieron al margen. Una vez reprimido el levantamiento, la administración de la Compañía de las Indias Orientales quedó sustituida por el gobierno directo de la Corona británica. La India se erigió en la pieza central del Imperio inglés.

En 1877, la reina Victoria fue proclamada emperatriz de las Indias. Aproximadamente la mitad del continente indio quedó bajo gobierno británico directo; el resto continuó siendo gobernado por más de 500 príncipes asesorados por consejeros británicos. La autoridad de los principados se extendió sobre el 45% del territorio y alrededor del 24% de la población. Los mayores fueron Haiderabad (centro) y Cachemira (noreste); los pequeños comprendían solo algunas aldeas. Muchos de estos príncipes musulmanes eran fabulosamente ricos. En el interior de sus Estados ejercían un poder absoluto y no existía la separación entre los ingresos del Estado y su patrimonio personal. La presencia inglesa les garantizaba la seguridad de sus posesiones y los eximía de toda preocupación por la política exterior y la defensa. El subcontinente indostánico estaba demasiado dividido y era demasiado heterogéneo para unificarse bajo las directivas de una aristocracia disidente con cierta ayuda de los campesinos, como sucedió en Japón.

La economía de la región fue completamente trastocada. La ruina de las artesanías textiles localizadas en las aldeas trajo aparejado el empobrecimiento generalizado de los campesinos. Estos, además, se vieron severamente perjudicados por la reorganización de la agricultura, que fue orientada hacia los cultivos de exportación. La administración colonial utilizó los ingresos de la colonia para el financiamiento de sus gastos militares. Las campañas de Afganistán, Birmania y Malasia fueron pagadas por el Tesoro indio.

El interés por preservar la dominación de la India fue el eje en torno al cual Gran Bretaña desplegó su estrategia imperial. En principio, sus decisiones en África y Oriente Medio estuvieron en gran medida guiadas por el afán de controlar las rutas que conducían hacia el sur de Asia. El reforzamiento de su base en la India permitió a Gran Bretaña forzar las puertas de China reduciendo el poder de los grandes manchúes, y convertir el resto de Asia en una

dependencia europea, al mismo tiempo que establecía su supremacía en la costa árabe y adquiriría el control del Canal de Suez.

A fines del siglo XIX, como contrapartida a la expansión de Rusia sobre Asia Central, Gran Bretaña rodeó a la India con una serie de Estados tapón: los protectorados de Cachemira (actualmente dividido entre India y Pakistán), Beluchistán (actualmente parte de Pakistán) y Birmania (Myanmar). La conquista de esta última fue muy costosa: hubo tres guerras; recién como resultado de la última (1885–86) se estableció un protectorado, pero los birmanos continuaron durante muchos años una guerra de guerrillas.

En el sureste asiático, Londres se instaló en Ceilán (Sri Lanka), la península Malaya, la isla de Singapur y el norte de Borneo (hoy parte de Malasia y sultanato de Brunei). La primera fue cedida por los holandeses después de las guerras napoleónicas y se destacó por sus exportaciones de té y caucho. En 1819 Gran Bretaña ocupó Singapur, que se convirtió en un gran puerto de almacenaje de productos y en la más importante base naval británica en Asia. Entre 1874 y 1909 los nueve principados de la península Malaya cayeron bajo el dominio inglés, bajo la forma de protectorados. Singapur, junto con Penang y Malaca, integraron la colonia de los Establecimientos de los Estrechos. Esta región proporcionó bienes claves, como caucho y estaño. Para su producción, los británicos recurrieron a la inmigración masiva de chinos e indios, mientras los malayos continuaban con sus cultivos de subsistencia.

El Imperio zarista, por su parte, desde mediados del siglo XIX avanzaba sobre Asia Central y, en 1867, fundó el gobierno general del Turkeistán, bajo administración militar. Entre el Imperio ruso y el inglés quedaron encajonados Persia y Afganistán. A mediados de los años 70, Londres pretendió hacer de Afganistán un Estado tributario, pero la violenta resistencia de los afganos –apoyada por Rusia– lo hizo imposible. La rivalidad entre las dos potencias permitió que Afganistán preservara su independencia como Estado amortiguador.

Desde el siglo XVI los europeos llegaron a Indochina: primero los portugueses, luego los holandeses, los ingleses y los franceses. Son navegantes, comerciantes y misioneros; las prósperas factorías se multiplican sobre la costa vietnamita. Aunque el período colonial propiamente dicho comenzó solo a fines del siglo XIX, a partir del siglo XVIII las luchas entre reyes y señores feudales, entre estos y los omnipotentes mandarines, entre todos los poderosos nativos y el campesinado siempre oprimido, se mezclan con las disputas contra comerciantes y misioneros occidentales.

El fin de las guerras napoleónicas en Europa reavivó los intereses comerciales de las metrópolis: los ingleses, que ya ocuparon Singapur en 1819 y tienen los ojos puestos en China, intentan instalarse en Vietnam; al mismo tiempo los franceses, definitivamente desalojados de la India, buscan más hacia oriente mercados para sus productos de ultramar y materias primas baratas. Cuando se inicia la instalación francesa, Vietnam era un país unificado, cuya capital, Hué, se ligaba con las dos grandes ciudades, Hanoi en el norte y Saigón en el sur, a través de la “gran ruta de los mandarines”. Había adquirido sólidas características nacionales; en lengua vietnamita se habían escrito importantes obras literarias, su escultura y arquitectura reconocían la influencia china, pero tenía características bien diferenciadas. La familia y el culto de los

antepasados mantenían su fuerza tradicional, pero la situación de la mujer era de menor sometimiento que en China.

El Imperio francés de Indochina se parecía al de los británicos en la India, en el sentido que ambos se establecieron en el seno de una antigua y sofisticada cultura, a pesar de las divisiones políticas que facilitaron la empresa colonizadora. Tanto Vietnam como Laos y Camboya, aunque eran independientes, pagaban tributo a China y le reconocían cierta forma de señorío feudal. Francia ingresó en Saigón en 1859 aduciendo la necesidad de resguardar a los misioneros católicos franceses. En la década siguiente firmó un tratado con el rey de Camboya que reducía el reino a la condición de protectorado, y obtuvo del emperador annamita (vietnamita) parte de la Cochinchina en condición de colonia. A partir de la guerra franco-prusiana Francia encaró la conquista sistemática del resto del territorio. Luego de duros combates con los annamitas y de vencer la resistencia china se impuso un acuerdo en 1885, por el que Annam y Tonkín (zonas del actual Vietnam) ingresaron en la órbita del Imperio francés. El protectorado de Laos se consiguió de manera más pacífica cuando Tailandia cedió la provincia en 1893. Indochina, resultado de la anexión de los cinco territorios mencionados, quedó bajo la autoridad de un gobernador general dependiente de París.

El otro imperio en el sureste asiático fue el de los Países Bajos. A principios del siglo XVII, la monarquía holandesa dejó en manos de la Compañía General de las Indias Orientales el monopolio comercial y la explotación de los recursos naturales de Indonesia. A fines de ese siglo se convirtió en una colonia estatal. Un rasgo distintivo de esta región fue su fuerte heterogeneidad: millares de islas, cientos de lenguas y diferentes religiones, aunque la musulmana fuera la predominante. Ese rosario de islas proveyó a la metrópoli de valiosas materias primas: clavo de olor, café, caucho, palma oleaginosa y estaño. El régimen de explotación de los nativos fue uno de los más crueles. Los holandeses redujeron a la población a la condición de fuerza de trabajo de las plantaciones, sin reconocer ninguna obligación hacia ella. El islam, que había llegado al archipiélago vía la actividad de los comerciantes árabes procedentes de la India, adquirió creciente gravitación como fuente de refugio y vía de afianzamiento de la identidad del pueblo sometido. La educación llegó a las masas a través de las mezquitas, a las que arribaron maestros musulmanes procedentes de la Meca y la India.

Por último, los antiguos imperios ibéricos solo retuvieron porciones menores del territorio asiático: España, hasta 1898, Filipinas y Portugal; Timor Oriental hasta 1974.

Hasta el primer cuarto del siglo XIX, la posición de los europeos en China era similar a la que habían ocupado en India hasta el siglo XVIII. Tenían algunos puestos comerciales sobre la costa, pero carecían de influencia política o poder militar. Sin embargo, existían diferencias importantes entre ambos imperios. En la India, el comercio jugaba un destacado papel económico. Muchos de los gobernantes de las regiones costeras que promovían esta actividad no pusieron objeciones a la penetración comercial de los extranjeros y colaboraron en su afianzamiento.

China, en cambio, se consideraba autosuficiente, rechazaba el intercambio con países extranjeros, al que percibía como contrario al prestigio nacional. Su apego a los valores de su

propia civilización y su desprecio hacia los extranjeros significó que se dieran muy pocos casos de “colaboracionismo”. La segunda diferencia fue que China contaba con una unidad política más consistente. Si bien la dinastía manchú careció de los recursos y la cohesión que distinguió a los promotores de la modernización japonesa, no había llegado a hundirse como ocurrió con el Imperio mogol cuando los británicos avanzaron sobre la India. No obstante, alrededor de 1900 parecía imposible que China no quedara repartida entre las grandes potencias, a pesar de las fuertes resistencias ofrecidas en 1839-1842, 1856-1860 y 1900. Fueron las rivalidades entre los centros metropolitanos las que impidieron el reparto colonial del Imperio manchú. Las principales potencias impusieron a Beijing la concesión de amplios derechos comerciales y políticos en las principales zonas portuarias. Sin embargo, el Imperio chino, como el otomano, desgarrados por el avance de Occidente, no cayeron bajo su dominación.

La exitosa revolución Meiji y el agotamiento del Imperio manchú hicieron posible que Japón se expandiera en Asia oriental, desplazando la secular primacía de Beijing. Las exitosas guerras, primero contra China (1894-1895) y después el Imperio zarista (1904-1905), abrieron las puertas a la expansión de Japón en Asia oriental.

Medio Oriente formó parte del Imperio otomano hasta la derrota de este en la Primera Guerra Mundial. No obstante, desde mediados del siglo XIX, los europeos lograron significativos avances en la región: Francia sobre áreas del Líbano actual, y Alemania e Inglaterra en Irak.

En el primer caso, la intervención francesa fue impulsada por los conflictos religiosos y sociales entre los maronitas, una comunidad cristiana, y los drusos, una corriente musulmana. Un rasgo distintivo de la región del Líbano, relacionado con su configuración física –zona montañosa y de difícil acceso– fue el asentamiento de diferentes grupos religiosos que encontraron condiciones adecuadas para eludir las discriminaciones que eran objeto por parte de los gobernantes otomanos. Cuando en la segunda mitad del siglo XIX se produjeron violentos enfrentamientos entre los maronitas y los drusos, tropas francesas desembarcan en Beirut en defensa de los primeros. El sultán aceptó la creación de la provincia de Monte Líbano bajo la administración de un oficial otomano cristiano y la abolición de los derechos feudales, reclamada por los maronitas.

Irak fue una zona de interés para los ingleses dada su ubicación en la ruta a la India, y para Alemania, a quien el sultán concedió los derechos de construcción y explotación del ferrocarril Berlín-Bagdad. A principios del siglo XX, estas dos potencias, junto con Holanda, avanzaron hacia la exploración y explotación de yacimientos petroleros.

El reparto de África

Antes de la llegada de los europeos, el continente africano estaba constituido por entidades diversas, algunas con un alto nivel de desarrollo. No había fronteras definidas: el nomadismo, los intensos movimientos de población, la existencia de importantes rutas comerciales y la

consiguiente mezcla entre grupos eran componentes importantes. En general las fronteras políticas no coincidían con las étnicas. Entre los imperios anteriores a la colonización resaltaban los de África Occidental: Ghana, Mali, Kanem-Bornou y Zimbabwe. El contacto y la penetración del islam a partir del año 1000, aproximadamente, tuvieron fuerte arraigo en la zona oriental y occidental de África.

La trama de relaciones sociopolítica era muy diversa: desde reinos con monarquías centralizadas altamente desarrollados hasta bandas simples con instituciones económicas rudimentarias. La mayoría de los pueblos africanos vivían en sociedades que se encontraban en algún punto en el continuum entre esos dos extremos. Todas ellas compartían formas organizativas basadas en los vínculos de linaje, tanto patrilineales como matrilineales. La mayoría dependía de la agricultura y los intercambios; la urbanización era limitada. En ocasiones, las potencias coloniales establecieron alianzas con poderes militares locales.

La incorporación de África al mercado mundial y su dominación por las potencias europeas atravesó dos etapas. La que comprende del siglo XV al XIX, en la cual prevaleció el comercio de esclavos, seguida por la penetración económica y territorial de Francia y Gran Bretaña en la primera mitad del siglo XIX. En segundo lugar, el período de acelerada colonización a partir de la Conferencia de Berlín de 1885.

Los europeos llegaron a las costas africanas en el siglo XV buscando el camino hacia las especias. En principio se instalaron en ellas para abastecer sus barcos, pero en poco tiempo encontraron un negocio altamente rentable: el comercio de oro, marfil y especialmente de hombres. Debido al derrumbe de las poblaciones indígenas americanas –total en las Antillas y parcial en el continente americano– trasladaron hacia ellas a los esclavos africanos. En África la esclavitud no era desconocida, antes de los europeos fue practicada por la población local y tuvo un destacado incremento con la llegada de los comerciantes árabes a la costa oriental africana.

Los portugueses comenzaron el tráfico transatlántico de hombres en la costa occidental de África a mediados del siglo XV. Inmediatamente se sumaron España, Francia, Holanda y Dinamarca. Los ingleses, que llegaron más tarde, acabaron teniendo el liderazgo en el comercio negrero en relación con la explotación de azúcar en las Antillas y como proveedores de otros Estados.

Los futuros esclavos eran capturados generalmente por otros africanos y transportados a la costa occidental africana, donde eran entregados a las compañías de comercio para ser *almacenados* en las factorías construidas para ello. Este incremento en el comercio de hombres y mujeres fue acompañado por una ideología racista que negó a los negros la condición de seres humanos.

En este momento no se avanzó hacia las tierras del interior, excepto en el caso de África del Sur. Aquí la Compañía Holandesa de la Indias Orientales, en su afán de contar con una sólida parada para el aprovisionamiento de las flotas que iban hacia Asia, decidió fundar una colonia. Los primeros colonos holandeses llegaron a Ciudad del Cabo en 1652, para dedicarse a la producción agrícola y ganadera. Rápidamente se lanzaron a la conquista de nuevas tierras, expulsando de ellas a la población autóctona. Esta emigración creó las bases de una sociedad

de granjeros y ganaderos de carácter autónomo, los llamados *bóers* o *afrikáners*. A pesar de que opusieron una fuerte resistencia, los pueblos locales, especialmente los zulúes, fueron expulsarlos de sus tierras y esclavizados para su explotación económica.

Después de la derrota de Napoleón, en el Congreso de Viena de 1815 la colonia pasó a manos de Gran Bretaña, que impuso la abolición de la esclavitud. Esto, sumado a la primacía política de los británicos y a la imposición de su lengua como la oficial, cargó de tensiones la relación anglo-bóer. Los afrikáners emigraron hacia el norte para fundar las repúblicas autónomas de Orange y Transvaal, mientras que Gran Bretaña mantuvo su predominio en las colonias de Natal y El Cabo.

Los descubrimientos de yacimientos de diamantes en 1867 y de oro en la década de 1880 condujeron al enfrentamiento entre ingleses y bóers, que competían para aprovecharse de esas riquezas. Desde la década de 1870, el inglés Cecil Rhodes asumió un papel decisivo en la explotación económica de toda esta zona y en la expansión hacia el norte de los dominios británicos (Rhodesia). Combinó la creación de compañías mineras exitosas, como la British South Africa Company, con la actividad política y recurrió al uso de la fuerza para acabar con la autonomía de los bóers.

El fracaso de la acción armada contra el gobierno de Transvaal en 1895 lo obligó a dejar su cargo de primer ministro de la colonia de El Cabo. La guerra anglo-bóer estalló en 1899, y aunque al año los británicos ya habían demostrado su superioridad militar, los bóers continuaron resistiendo a través de la guerra de guerrillas. Después de la brutal represión de los militares británicos, estas poblaciones se rindieron en 1903.

Con la creación de la Unión Sudafricana en 1910, las dos repúblicas autónomas –Transvaal y Orange– y las dos colonias británicas –El Cabo y Natal– fueron englobadas en un mismo país bajo la supervisión británica, con una destacada autonomía para los afrikáners y con un régimen unitario, en contraste con el federal adoptado en Canadá y Australia. La monarquía estaba representada por un gobernador general, mientras que el poder efectivo quedó en manos del primer ministro, cargo que fue ocupado por Luis Botha, a quien acompañó Jan Smuts al frente de una serie de ministerios claves. Ambos militares, que habían combatido en la guerra anglo-bóer, eran dirigentes del Partido Sudafricano, que reunió a los afrikáners. Los miembros del Parlamento fueron elegidos básicamente por la minoría blanca. Los *coloureds*, o mestizos, contaron en principio con derechos políticos que se fueron restringiendo según avanzaba el poder de los afrikáners y se reducía el de los anglosajones. El inglés y el holandés se establecieron como idiomas oficiales, el afrikáans no fue reconocido como idioma oficial hasta 1925².

² El afrikáans es el idioma criollo derivado del neerlandés que comenzó a forjarse en Sudáfrica a finales del siglo XVII xvii a través de la simplificación de la fonética y de la gramática, y también en virtud de la incorporación de vocablos procedentes del francés, del alemán, del malayo y del khoi. A lo largo del siglo XIX, la lengua neerlandesa fue el idioma oficial de las repúblicas boers. Las constituciones del Transvaal y el Estado Libre de Orange, así como todos sus documentos públicos y boletines oficiales estaban redactados en holandés. Sin embargo, en el último cuarto del siglo xix, en el marco de cambios económicos y síntomas de crisis cultural, un grupo de fervientes nacionalistas se movilizó a favor de la adopción de la lengua afrikáans.

En 1867, con el descubrimiento de los campos diamantíferos, comenzó un período de transformación económica en Sudáfrica. El impulso económico que dio a la colonia la explotación de los diamantes no destruyó inmediatamente el aislamiento de la agricultura de subsistencia, pero confirió a los granjeros una percepción más aguda de las nuevas oportunidades, las restricciones existentes, y la naturaleza abrupta del crecimiento económico. Las dos actividades

La legislación segregacionista se extendió a partir de 1910: la Native Labor Act impuso a los trabajadores urbanos negros severas condiciones de sumisión, y la Native Land Act destinó el 7% del territorio nacional a reservas para ubicar a los negros. En 1912 se creó el Congreso Nacional Africano, con el objetivo de defender de forma no violenta los derechos civiles y los intereses de los negros africanos. Con una adscripción principalmente de miembros de la clase media, el Congreso puso especial énfasis en los cambios constitucionales a través de las peticiones y las movilizaciones pacíficas.

Este nuevo dominio nació cargado de tensiones. Los bóers pretendían la acabada independencia mientras que la mayoría africana, sometida por ambas comunidades europeas, careció de derechos. Las reservas bantúes Bechuanalandia, Basutolandia y Swazilandia quedaron a cargo de Londres fuera de la confederación.

Al norte, en las tierras sobre las que había avanzado Rhodes se crearon tres colonias: Rhodesia del Sur (Zimbawe), Rhodesia del Norte (Zambia) y Niassalandia (Malawi). Estos tres territorios, con diferente influencia de los colonos blancos y distintos recursos, fueron económicamente complementarios. En Rhodesia del Sur prevaleció la agricultura para la exportación, en manos de colonos europeos. Rhodesia del Norte fue una zona industrial con

más importantes de la agricultura en que estaban comprometidos los afrikáner-holandeses –producción de vino y de lana–, se beneficiaron poco del boom diamantífero. Los afrikáner-holandeses se dirigieron lentamente hacia la industria, pero encontraron difícil competir con los anglófonos más entrenados. Contra este retraso económico general, los afrikáner-holandeses comenzaron a agitarse en pos de políticas proteccionistas, un banco nacional para contrarrestar a los bancos imperiales, y un estatuto de igualdad para la lengua holandesa. En general, los anglófonos, con su base en el comercio y la industria y que mayormente hablaban una sola lengua, se opusieron a estas demandas. Desde la década de 1870 se empezó a formar una gran clase de pobres pequeños granjeros. Algunos comenzaron a emigrar a los pueblos donde encontraban empleo casual, otros recurrían a la vagancia, la mendicidad y el crimen, pero el principal efecto fue el surgimiento de asociaciones de granjeros afrikáner-holandeses que estimuló el creciente despertar étnico.

Esta crisis económica fue acompañada por una grave crisis cultural. En su cima, la sociedad afrikáner-holandesa estaba perdiendo algunas de sus mentes más brillantes por medio de un proceso gradual de *anglicización*.

En la década de 1870, en el este del Cabo, unos pocos maestros y clérigos, entre ellos el ministro de la Iglesia Holandesa Reformada Stephanus du Toit, hicieron los primeros intentos conscientes para desarrollar una concepción étnica específica para los afrikáner-holandeses. Estaban preocupados por el modo en que la industrialización y la secularización de la educación afectaban a la sociedad afrikáner-holandesa y querían generar condiciones que posibilitaran rechazar las influencias extranjeras. Du Toit declaró la guerra contra la hegemonía cultural inglesa, la secularización de la educación que debilitaba a las autoridades tradicionales, y la influencia corruptora de la industrialización. En artículos periodísticos publicados bajo el seudónimo de “Un verdadero afrikáner”, argumentó que el idioma expresaba el carácter de un pueblo (*volk*) y que ninguna nacionalidad podía formarse sin su propio idioma. En 1875 participó en la fundación de la Congregación de Verdaderos Afrikáners. En ese momento, buena parte de la clase dominante consideraba a los afrikáner-holandeses y los anglófonos coloniales como unidos en una nación afrikáner naciente. En contraste, la Congregación dividía al pueblo afrikáner en tres grupos –aquellos con corazones ingleses, aquellos con corazones holandeses y aquellos con corazones afrikáners–, y solo los últimos eran considerados verdaderos afrikáners. Esta organización se declaró a favor del afrikáans como el idioma (étnico) nacional. En pos de este objetivo, publicó un periódico, *El Patriota*, una historia nacionalista, una gramática, y algunos textos escolares en afrikáans. Su reivindicación del afrikáans tenía varias dimensiones: era un idioma político que daba cuerpo al despertar étnico afrikáner y expresaba oposición al dominio imperial; era un instrumento educativo que elevaría a gran cantidad de niños, y era un vehículo para la divulgación de la Biblia.

Otro factor que aportó a la emergencia de una identidad étnica afrikáner-holandesa fue la exitosa resistencia del Transvaal al intento de los británicos de ocupar esas tierras en 1881.

La resistencia de los ciudadanos de Transvaal se convirtió en una movilización étnica vigorosa. Tuvieron lugar mítines masivos donde gran número de ciudadanos acampaban por varios días para escuchar discursos de los líderes. Más de la mitad de la población firmó peticiones contra la anexión. En esta movilización todas las divisiones políticas fueron temporalmente superadas. La anexión había “dado nacimiento a un fuerte sentido nacional entre los bóers; los había unido y todos estaban ahora con el Estado”. Luego de la guerra, los generales, usando su nuevo estatus como “líderes nacionales”, apelaron a los ciudadanos para finalizar las divisiones políticas y religiosas.

Estos tres desarrollos –la fundación de la Congregación de Verdaderos Afrikáners y del denominado primer movimiento por la Lengua Afrikáans, la creación de asociaciones de granjeros afrikáners y la rebelión de Transvaal– son considerados frecuentemente como el entramado favorable para la emergencia del nacionalismo afrikáner.

Sin embargo, en ese momento, la etnicidad política afrikáner no logró consolidarse en virtud de tres fuerzas que frenaron su auge: primero la continuación de la hegemonía imperial británica; segundo, las profundas divisiones de clase dentro del grupo afrikáner-holandés; y tercero, la intensa rivalidad interestatal entre la Colonia del Cabo y Transvaal.

obreros calificados europeos y mano de obra africana, que cohabitaron con dificultad. Por último, Niassalandia, más densamente poblada y de escasos recursos, sirvió de reserva de mano de obra a los otros dos territorios y a Sudáfrica.

Con la supresión del comercio de hombres en la primera mitad del siglo xix, los territorios al sur del Sahara perdieron interés: holandeses, daneses, suecos y prusianos se retiraron de esas tierras. En cambio, los franceses y los ingleses no solo retuvieron sus posesiones en África occidental –Senegal y Costa de Marfil, los primeros; Nigeria y Costa de Oro (Ghana) los segundos– sino que encararon la explotación de los recursos locales y desde allí, especialmente Francia, avanzaron hacia el interior. Varias expediciones en los años ochenta permitieron a los franceses el control del conjunto del África occidental y ecuatorial (Mauritania, Senegal, Guinea, Burkina Faso, Costa de Marfil, Benin, Níger, Chad, República Centroafricana, Gabón y el Congo). A este inmenso territorio se añadieron las islas de Madagascar, Comores y Mayotte.

El principal interés de Gran Bretaña y Francia se concentró en los territorios del norte de África.

Aunque nominalmente desde Egipto a Túnez eran provincias del Imperio otomano, la debilidad de Estambul permitió a los gobernantes locales ganar una creciente autonomía. Los grupos económicos y los gobiernos europeos vieron en esta zona amplias posibilidades para encarar actividades lucrativas: préstamos a los gobiernos, construcción de ferrocarriles e inversión en la explotación de recursos locales. Egipto, por ejemplo se convirtió en un abastecedor clave de algodón para la industria textil inglesa. Además, los capitales encontraron en los gobiernos de estos países a actores interesados en atraerlos para llevar a cabo la modernización que les posibilitaría cortar sus lazos con el Imperio otomano.

La penetración europea fue motorizada por Francia con el desembarco en la costa argelina en 1830. La ocupación efectiva del territorio solo pudo concretarse en la década siguiente, luego de derrotar la resistencia que le opusieron los agricultores del norte y las tribus del desierto. La influencia francesa se extendió a Egipto, donde apoyó la construcción del canal de Suez, inaugurado en 1869. Inmediatamente Gran Bretaña decidió controlar esta vía de comunicación, decisiva para preservar sus intereses imperiales en la India. Primero compró acciones de la Compañía del Canal y finalmente, al producirse el levantamiento de 1881 que rechazaba la presencia extranjera, el gobierno británico, en forma unilateral, ocupó militarmente el país. Egipto siguió siendo formalmente una provincia del Imperio otomano, pero de hecho, en lugar de semiindependiente bajo el poder turco, pasó a ser semiindependiente bajo la dominación británica. Aunque se mantuvo en su cargo al jedive, el poder real quedó en manos del gobernador británico, lord Cromer.

Francia, excluida de Egipto, avanzó decididamente sobre Túnez y con mayores dificultades sobre Marruecos, donde debió enfrentar la resistencia de Alemania en dos ocasiones, en 1905 y en 1911. Al mismo tiempo, intentó llegar a las fuentes del Nilo avanzando desde Senegal. En Fashoda (1898) las fuerzas francesas fueron detenidas por los británicos, que bajaban desde Egipto hacia Sudán para controlar el movimiento musulmán dirigido por el Mahdi. Finalmente Gran Bretaña y Francia pusieron fin a su rivalidad en África: la primera reconoció el predominio francés en la costa del Mediterráneo –excepto Egipto– y Francia aceptó que el Valle del Nilo

quedara en manos de los ingleses. La delimitación de las soberanías en el ámbito colonial permitió avanzar en la formación de la Triple Entente.

La subordinación de Túnez y Marruecos siguió el mismo camino que la de Egipto. Cuando el fracaso de los proyectos encarados por los gobernantes y el alto volumen de la deuda exterior colocó a estos países al borde de la quiebra, los Estados europeos aprobaron el envío de comisiones para el control de las finanzas. En un segundo momento, frente a las resistencias internas gestadas al calor de la modernización dependiente, la metrópoli con mayor fuerza, Francia, recurrió a la fórmula del protectorado.

Entre 1881 y 1912, todos los territorios de la costa mediterránea de África fueron ocupados por un país europeo. La última anexión fue la de las provincias otomanas de Cirenaica y Tripolitania (Libia), concretada por Italia en 1912 con la anuencia de Francia, que así se aseguró el control de Marruecos. En la cruenta y costosa guerra con el sultán, los italianos fueron favorecidos por el levantamiento en los Balcanes que dispersó el esfuerzo de las tropas otomanas.

En un segundo plano, Portugal y España básicamente retuvieron las posesiones del período previo. La primera se mantuvo en las islas de Cabo Verde y Príncipe y en las costas de Angola y Mozambique. En estos territorios debió enfrentar una dura resistencia de las poblaciones locales antes de avanzar hacia el interior, y en virtud de la oposición británica no logró enlazarlos. En 1879 incorporó la colonia de Guinea Bissau. Por su parte, España consolidó la colonia de Guinea Española (Guinea Ecuatorial) y sobre la base de Ceuta y Melilla, enclaves conquistados en las guerras de la Reconquista libradas contra los árabes, recibió de Francia en 1912 la región del Rif, al norte de Marruecos, y la de Ifni, al sur, junto al Sahara. La ciudad de Tánger fue declarada puerto libre internacional. Luego de la Conferencia de Berlín incorporó el Sahara español.

En el vertiginoso reparto de África a partir de los años 80 se entrelazaron la decisiva importancia del canal de Suez, la resignificación del papel de África del Sur en virtud de su condición de productora de diamantes y oro, y las presiones de nuevos intereses: los de Italia, Alemania y el rey belga Leopoldo II. Si bien entre los objetivos y las formas de penetración del poder europeo en el área árabe musulmana y en el África negra hubo destacados contrastes, al mismo tiempo los intereses cada vez más amplios de las metrópolis condujeron al entrecruzamiento de las acciones desplegadas sobre los distintos territorios.

Las pretensiones de Leopoldo II sobre el Congo y el ingreso tardío de Alemania al reparto colonial llevaron a la convocatoria de la Conferencia de Berlín, que habría de aprobar los criterios para "legitimar" la apropiación del territorio africano. En 1884, el canciller alemán Otto von Bismarck invitó a catorce potencias a reunirse para discutir sus reclamos en torno al continente africano. Durante la Conferencia de Berlín, las principales metrópolis, Alemania, Francia, Inglaterra y Portugal, optaron por evitar la existencia de fronteras comunes entre sus nuevos dominios y reconocieron la potestad de Leopoldo II sobre vastos territorios de África central. El reclamo del rey belga ofreció una salida a las ambiciones encontradas de las mencionadas potencias por controlar las importantes vías de comunicación fluvial de la zona.

En su afán de ingresar al reparto colonial, el rey belga no dudó en prometer que su tutela sobre el Congo pondría fin a la explotación de seres humanos "brutalmente reducidos a la esclavitud". En combinación con las empresas instaladas en la región recurrió al soborno, al secuestro y al asesinato en masa para someter a la población local a la inhumana tarea de recoger el caucho. En virtud de las denuncias de este sistema, el Parlamento belga retiró sus derechos al rey en 1908 y la colonia quedó bajo el control del cuerpo legislativo, que mantuvo el régimen de concesiones a las compañías privadas³.

Un año después del encuentro en Berlín, Alemania y Gran Bretaña deslindaron sus posesiones en la zona centro oriental. Esta región no ofrecía demasiados alicientes, pero el tardío avance alemán a través de la Compañía Alemana del África Oriental incitó a Londres a ganar posiciones. Los gobiernos de ambos países acordaron que en el sur, Tanganica (parte de la actual Tanzania), Ruanda y Burundi constituirían el África oriental alemana, mientras que el norte, Zanzíbar (parte de la actual Tanzania), Kenia y Uganda se sumaron al Imperio británico. En la parte occidental Alemania incorporó Togo, Camerún, África del Sudoeste (actual Namibia).

El canal de Suez dio nuevo valor estratégico al cuerno de África. En 1862 los franceses compraron el puerto de Obock, origen del actual Djibouti, y los ingleses ocuparon el norte de Somalia en 1885. Los italianos fracasaron en el intento de dominar Etiopía: fue el único país europeo derrotado militarmente por la resistencia de la población local. El emperador etíope Melinek II, embarcado en la unificación del reino, logró que el resto de las potencias le aseguraran su independencia a cambio de ventajas económicas. Italia recibió el sur de Somalia y Eritrea. Los italianos volvieron a Etiopía en 1935 bajo el gobierno fascista de Benito Mussolini, y en esa ocasión lograron someterla.

En 1875, excepto África del Sur, la presencia europea seguía siendo periférica: las naciones occidentales controlaban únicamente el 10% del continente. En 1914 solo existían dos Estados independientes: Liberia y Etiopía. Francia y Gran Bretaña fueron las principales beneficiadas por el reparto de África.

³ En virtud de las crecientes denuncias, el gobierno de Gran Bretaña envió a Roger Casement, funcionario de la Secretaría de Estado para las Colonias, para que investigara la situación de los trabajadores nativos en el Estado Libre del Congo. Después de su informe tuvo a su cargo otro caso el de la empresa Peruvian Amazon Company. El informe de Casement sobre el Congo, publicado en 1904 a pesar de las presiones que recibió el gobierno británico por parte del rey de Bélgica, provocó un gran escándalo. Poco tiempo después, Casement conoció al periodista Edmund Dene Morel, que dirigía la campaña de la prensa británica contra el gobierno del Congo. Casement no podía participar activamente en la campaña a causa de su condición de diplomático; no obstante, colaboró con Morel en la fundación de la Asociación para la Reforma del Congo. Casement también conoció a Joseph Conrad, el escritor nacido en Polonia que escribió en inglés la novela *El corazón de las tinieblas* en la que plasma sus experiencias a lo largo de sus viajes por África.

En 1906, Casement, fue enviado a Brasil, donde desarrolló un trabajo similar al que había realizado en el Congo, y después fue comisionado por el Foreign Office para establecer la verdad de las denuncias contra la Peruvian Amazon Company, empresa de capital británico pero con presidente peruano, Julio César Arana.

Como reconocimiento a su labor en 1911 fue nombrado caballero, pero un año después abandonaba su cargo para unirse a Los Voluntarios Irlandeses y luchar activamente por la independencia de su tierra natal. En plena guerra, viajó a Alemania a fin de conseguir armas y voluntarios irlandeses (los presos de guerra en Alemania) para luchar contra Londres. El Alzamiento de Pascua se puso en marcha sin que fuera avisado, el número de voluntarios fue muy exiguo y el transporte de las armas fue descubierto por los ingleses que encarcelaron a Casement, lo juzgaron y condenaron a la pena capital. El juicio conmovió a la sociedad británica, en gran medida por la publicidad concedida a unos diarios personales, cuya autenticidad aún es objeto de debate, en los que Casement describía sus más íntimas y pasionales relaciones homosexuales.

El escritor peruano Marias Vargas Llosa dedicó su libro *El sueño del celta* a reconstruir como novelista la vida de Casement.

Numerosas economías autosuficientes quedaron destruidas. Los intercambios internos, como el caso del comercio transahariano y el de la zona interlacustre del África oriental y central, fueron desmantelados o subordinados. También se vieron afectados negativamente los vínculos existentes entre África y el resto del mundo, en especial la relación con India y Arabia. A medida que la economía colonial maduraba, prácticamente ningún sector de la sociedad africana pudo quedar al margen de los parámetros impuestos por los centros metropolitanos. Los Estados colonialistas se aliaron a los capitales privados en la coacción de la población y la explotación de los recursos. La economía colonial pasó a ser una prolongación de la de la potencia colonizadora, sin que ninguna de las decisiones económicas como ahorro, inversión, precios, ingresos y producción tuviera en cuenta las necesidades locales. Los objetivos de la colonización fueron, en su forma más pura, mantener el orden, evitar grandes gastos y organizar una mano de obra productiva a través del trabajo forzado o formas apenas encubiertas de esclavitud. Este sojuzgamiento desató numerosos movimientos de resistencia. La guerra del impuesto de las cabañas en Sierra Leona, la revuelta bailundu en Angola, las guerras maji maji en el África oriental alemana, la rebelión bambata en Sudáfrica, por ejemplo, testimonian con sus miles de víctimas el rechazo de los pueblos africanos. En todos los casos fracasaron ante la superioridad económica y militar de Occidente.

La ocupación de Oceanía

Oceanía fue la última porción del planeta en entrar en contacto con Europa. Australia y Nueva Zelanda, que llegaron a ser los principales países de la región, fueron ocupadas por los británicos. El resto de los archipiélagos distribuidos por el océano Pacífico se hallan divididos en tres áreas culturales: Micronesia, Melanesia y Polinesia, que entre 1880 y principios de siglo quedó repartida entre británicos, franceses, holandeses, alemanes, japoneses y, por último, los estadounidenses, que desalojaron a los españoles. Las fronteras políticas no siguieron las divisiones culturales, de por sí poco precisas.

La población originaria de Nueva Zelanda son los maoríes, de raíz polinesia, y en Australia hay dos grupos étnica, racial y culturalmente diferentes: los aborígenes australianos y los isleños del estrecho de Torres. En la década de 1780 Gran Bretaña ocupó el territorio australiano con el establecimiento de una colonia penal en la costa oriental. En el siglo XIX la población europea se fue asentando en diversos núcleos del litoral y desarrolló inicialmente una actividad agraria de subsistencia que rápidamente evolucionó hacia una especialización ganadera. Hasta mediados de siglo, los *squatters* –ganaderos con un alto número de cabezas, la mayoría sin derecho de tránsito por las tierras– fueron los verdaderos dueños de la economía del país.

La consolidación del asentamiento europeo tuvo lugar desde mediados de siglo con el descubrimiento de oro. La reforma agraria de 1861 redujo la hegemonía de los ganaderos, y junto con el desarrollo de la minería se impulsó la agricultura. La demanda de alimentos en el

mercado mundial y el bajo costo de la tierra alentaron el masivo arribo de inmigrantes, principalmente británicos. La urbanización de la isla acompañó el desarrollo industrial. Sydney y Melbourne devinieron grandes centros urbanos.

La aprobación de la Constitución –redactada entre 1897 y 1898– por el Parlamento británico, estableció una confederación de colonias australianas autónomas. En 1901, las seis colonias (Nueva Gales del Sur, Victoria, Australia Meridional, Australia Occidental, Queensland y Tasmania), como Estados independientes, conformaron la Mancomunidad de Australia, regida por un Parlamento federal. El Territorio del Norte y la capital federal se integraron en 1911.

En Nueva Zelanda, colonia británica desde 1840, el poblamiento fue más lento y, también aquí, la consolidación definitiva de los europeos se produjo a mediados del siglo XIX, con el descubrimiento de oro. El ingreso de los inmigrantes fue acompañado por la violenta expropiación de las tierras a los maoríes. En 1907 el país se transformó en un dominio independiente.

La crisis de los antiguos imperios

La expansión de Occidente trastocó radicalmente el escenario mundial. Toda África y gran parte de Asia pasaron a ser, en la mayoría de los casos, colonias europeas. Aunque tempranamente gran parte de las poblaciones autóctonas resistieron el avance de los europeos, estos movimientos no pueden calificarse de nacionalistas. En la mayoría de los casos, las antiguas clases dirigentes tuvieron un papel preponderante y las resistencias expresaron tanto la reacción frente a la destrucción de formas de vida como el afán de los grupos gobernantes de conservar su autoridad y prestigio. Tanto en Egipto en los años ochenta, como en la India con la creación del Congreso, coexistieron fuerzas heterogéneas.

Los tres imperios de mayor antigüedad, el persa, el chino y el otomano, con sus vastos territorios y añejas culturas, no cayeron bajo la dominación colonial, pero también fueron profundamente impactados por la expansión imperialista. En el seno de los mismos se gestaron diferentes respuestas. Mientras unos sectores explotaron los sentimientos anti-extranjeros para restaurar el orden tradicional, otros impulsaron las reformas siguiendo la huella de Occidente, y algunos plantearon la modernización económica, pero evitando la occidentalización cultural.

En el antiguo Imperio persa, antes de la Primera Guerra Mundial, hubo dos movimientos: la Protesta del Tabaco (1891-1892) y la Revolución constitucional (1905-1911). Estas expresaron el rechazo al nuevo rumbo de la economía y al mismo tiempo evidenciaron el peso del ideario político liberal en distintos grupos de la sociedad, especialmente sectores medios y parte del clero chiíta.

La concesión por parte del Sah del monopolio de la venta y exportación de tabaco a una compañía inglesa desató el boicot y una oleada de huelgas dirigidas, en gran medida, por comerciantes y líderes religiosos musulmanes. Uno de los principales ayatolás dictó un decreto islámico (*fatwa*) que prohibía fumar, y las mezquitas se abrieron para dar asilo a quienes

protestaban. El Sah tuvo que revocar la medida. Los ulemas persas estaban en una posición mucho más fuerte que los de Egipto. Tenían una base financiera sólida y se concentraban en las ciudades sagradas de Nayaf y Kerbala, en el Irak otomano. Los monarcas carecían de un ejército moderno y de una burocracia central capaz de imponer su voluntad en materia de educación, leyes y administración de parte de los territorios. A medida que crecía la influencia económica de los europeos, los comerciantes y artesanos nativos recurrieron al consejo de los ulemas, con quienes compartían similar procedencia familiar y los mismos ideales religiosos. Los ulemas legitimaron sus reivindicaciones: Persia dejaría de ser una nación musulmana si los soberanos seguían cediendo poder a los infieles.

La idea de que una constitución era un recurso importante para la seguridad y la prosperidad de la nación concitaba importantes adhesiones, aun entre algunos clérigos. El ejemplo de Japón le confería consistencia. En 1906, el Sah, frente a las movilizaciones que rechazaban su política, aceptó la convocatoria a una asamblea que al año siguiente aprobó una constitución inspirada en la de Bélgica, de decidido corte parlamentario. Sin embargo, en poco tiempo pasaron a primer plano divergencias claves entre la mayoría del clero y los laicos liberales acompañados por una minoría de ulemas, especialmente en el campo educativo y respecto de los alcances de la sharia. Finalmente el texto constitucional enmendado reconoció a un comité de ulemas el poder de vetar aquellas leyes que contradijeran la sagrada ley del islam. En 1908 el Sah, apoyado por una brigada de cosacos rusos, dio un golpe de Estado que clausuró la asamblea y ejecutó a los reformadores más radicales. Un contragolpe destituyó al Sah, y se nombró una segunda asamblea. El avance de las tropas zaristas en 1911 condujo a la clausura del nuevo órgano legislativo.

En el caso de China, las derrotas en las llamadas “Guerras del opio” de 1839 a 1842, y posteriormente de 1856 a 1860, significó el principio del fin del Imperio manchú.

Inicialmente, el comercio británico con China fue deficitario. Los chinos apenas estaban interesados en la lana inglesa y algunos productos de metal. En cambio, la Compañía de las Indias Orientales incrementaba continuamente sus compras de té. Dado que no era posible establecer unos intercambios equiparables, el desembolso británico de plata creció proporcionalmente. En 1800, la Compañía de las Indias Orientales compraba anualmente 10 millones de kilos de té chino, con un coste de 3,6 millones de libras. Frente a esta situación los británicos recurrieron a un producto: el opio que iba a darles importantes márgenes de beneficio, contrarrestando así el déficit con los chinos.

La producción se estableció en la India, al calor de las conquistas realizadas por los británicos entre 1750-1800. Allí había terrenos apropiados, clima conveniente y mano de obra barata y abundante, tanto para recoger la savia de la planta como para el proceso de laboratorio (hervido) que debía convertirla en una pasta espesa, susceptible de ser fumada.

La Compañía de las Indias Orientales, que gozaba del monopolio de la manufactura del opio en la India, organizó el ingreso del opio en China. El opio se vendía en subasta pública y era posteriormente transportado a China por comerciantes privados británicos e indios autorizados

por dicha compañía. Las ventas en Cantón pagaban los envíos de té chino a Londres, en un próspero comercio triangular entre India, China y Gran Bretaña.

Según el historiador británico David Fieldhouse, el tráfico de opio hacia China llegó a convertirse, durante un tiempo, en piedra angular del sistema colonial inglés. La producción en la India se convirtió en la segunda fuente de ingresos de la corona británica gracias a la explotación del monopolio que poseía la Compañía de las Indias Orientales. Las cifras oficiales indican que para 1793 estos ascendían a 250.000 libras esterlinas, pero para mediados de la primera mitad del siglo XIX, cuando Inglaterra no dispone ya de los ingresos del negocio de los esclavos de África, sus ventas superan al millón de libras esterlinas, lo que convierte al opio en el medio comercial fundamental del avance inglés en el sudeste asiático y en el interior de China.

Los edictos imperiales contra la venta de opio, a pesar de los drásticos castigos a los negociantes, fueron burlados por el contrabando. En los años 30, el emperador dictó la pena de muerte para los traficantes de opio y envió a la región de Guangzhou, como comisionado imperial, a Lin Zexu, quien dirigió una carta a la reina Victoria: *Supongamos que hubiera un pueblo de otro país que llevara opio para venderlo en Inglaterra y sedujera a vuestro pueblo para comprarlo y fumarlo. Seguramente, vuestro honorable gobernante aborrecería profundamente esto. [...] Naturalmente, ustedes no pueden desear dar a otros lo que no quieren para sí mismos.*

La Corona británica recogió las quejas de los comerciantes enviando una flota de guerra a China, que derrotó a las fuerzas imperiales. El tratado de Nanking firmado en 1842 reconoció casi todas las exigencias de Gran Bretaña. Se abrieron nuevos puertos al comercio británico y los ingleses, en caso de ser acusados de algún delito, serían juzgados por sus propios tribunales consulares. Las atribuciones del gobierno chino en el plano comercial fueron limitadas y, además, la isla de Hong Kong pasó a manos de Londres por un lapso de 150 años, con la doble función de centro comercial y base naval.

Este resultado alentó la irrupción de otras potencias: Estados Unidos, Francia y Rusia forzaron a China a la firma de los llamados Tratados Desiguales. En 1860 China se vio obligada a abrir otros once puertos al comercio exterior, los extranjeros gozaron de inmunidad frente a la legislación china y se autorizó a los misioneros a propagar la religión cristiana. Simultáneamente, el imperio estuvo a punto de ser aniquilado por movimientos revolucionarios; el más importante fue la insurrección Taiping (1851-1864), que estableció una dinastía rival a la manchú y se adueñó de buena parte de China Central y Meridional. La rebelión presentó varios aspectos de movimiento milenarista: una aguda conciencia de los males que afectaban a la sociedad, la ausencia de propuestas precisas y la fuerte esperanza de un futuro promisorio generadora de actitudes heroicas, como así también de un alto grado de fanatismo. Frente a esta amenaza, el gobierno encaró una serie de reformas que le permitieron sofocar los focos de insurrección. En esta empresa la elite china combinó la revitalización de los valores tradicionales (la ideología confuciana puesta en duda por Occidente y rechazada por los revolucionarios) con la adopción de elementos occidentales en el campo tecnológico, militar y educativo. Durante treinta años el imperio gozó de relativa tranquilidad, pero con las potencias

incrementando su poder. Las concesiones obtenidas en algunas ciudades –los casos de Shangai y Cantón, entre otros– las convirtieron en ciudades-Estado independientes donde las autoridades chinas no tenían potestad y no se aplicaba la legislación nacional.

La guerra con Japón (1894-1895) le imprimió un nuevo giro a la historia de China: dio paso a una gravísima crisis nacional que desembocaría en la caída del imperio en 1911. En virtud de su derrota, China reconoció la independencia de Corea y cedió Formosa a Japón, las Islas Pescadores y la península de Liaotung (esta le fue devuelta debido a la presión de Rusia, que buscó frenar la expansión japonesa) y aceptó pagar fuertes indemnizaciones. La injerencia económica de los imperialismos rivales progresó rápidamente, especialmente en los sectores modernos: explotación de yacimientos mineros, inversión de capitales y préstamos para el pago de la deuda con Japón. En los años siguientes al tratado de paz, el loteo de China entre las potencias avanzó rápidamente. Con la adquisición de Filipinas en 1898, Estados Unidos ganó presencia en el Pacífico y en defensa de sus intereses comerciales se opuso a la existencia de esferas de influencia exclusiva de otras potencias en el territorio. Indirectamente contribuyó a mantener la unidad de China, especialmente por la cláusula que dejaba en manos del gobierno central la recaudación aduanera en todas las regiones.

Desde la corte hubo un intento de reforma radical impulsado por un grupo minoritario de letrados, quienes pretendieron revertir la situación mediante la aprobación, en 1898, de un abultado número de decretos que incluían: la abolición del sistema tradicional de exámenes para funcionarios imperiales, la adopción de instituciones y métodos occidentales de educación, la creación de una administración financiera moderna, la autorización para la fundación de periódicos y asociaciones culturales y políticas, la formación de un ejército nacional e incluso la concesión al pueblo del derecho de petición ante el gobierno. Un golpe de Estado puso fin a la experiencia de los Cien Días. La “revolución desde arriba” no contó en China con las condiciones sociales ni con la suficiente convicción de la elite dirigente para que pudiera prosperar.

Al fracaso de la reforma le sucedió el levantamiento de los bóxers, en el que prevaleció el rechazo violento de todo lo extranjero: centenares de misioneros y de chinos cristianos fueron asesinados, numerosas iglesias quemadas, en tanto líneas de ferrocarril y teléfono destruidas. El movimiento atrajo a campesinos pobres, a quienes malas cosechas e inundaciones obligaron a emigrar, así como también a sectores marginales o desclasados en virtud de la competencia de los nuevos medios de transporte, comunicación y los productos europeos. Los letrados y funcionarios más conservadores apoyaron la insurrección que a mediados de 1900 desembocó en el sitio a las legaciones extranjeras en Pekín y el asesinato del embajador alemán. Frente a los reclamos de las potencias extranjeras, la corte aceptó reprimir la sublevación. Finalmente, una fuerza militar con tropas de varios países puso fin al conflicto. Pekín fue ocupada militarmente y saqueada con saña por las tropas expedicionarias. El imperio subsistió hasta 1911, cuando una revolución en la que intervinieron fuerzas heterogéneas proclamó la República.

El Imperio otomano volvió a reunir bajo su autoridad gran parte de los territorios que habían unificado los árabes. A fines del siglo XIII, los turcos otomanos se hicieron fuertes en Anatolia. Desde allí se extendieron hacia el sudeste de Europa y tomaron Constantinopla (Estambul) a mediados del siglo XV. A principios del siglo XVI derrotaron a los mamelucos anexionando Siria y Egipto, y asumieron la defensa de la costa de Magreb contra España. En su período de máxima expansión se extendió por el norte de África, la zona de los Balcanes y Medio Oriente, desde Yemen hasta Irán.

En la segunda mitad del siglo XIX, con el avance de los gobiernos europeos, sobre todo Inglaterra y Francia, y a través de la penetración del comercio y de las inversiones extranjeras, el norte de África quedó desvinculado de la autoridad del sultán. En este proceso también jugó un papel significativo el afán de los gobernantes locales por alcanzar un mayor grado de autonomía respecto de Estambul. El imperio otomano también retrocedió en los Balcanes.

Ante el desmoronamiento del imperio, sectores de la corte se inclinaron a favor de un amplio plan de reformas inspiradas en las experiencias occidentales. En 1876 lograron que fuera aprobada una constitución de sesgo liberal. Pero las fuerzas tradicionales demostraron una notable capacidad para resistir el cambio, y en poco tiempo el sultán revocó el texto constitucional y restauró la autocracia. En 1908, los Jóvenes Turcos, un grupo de oficiales de carrera interesados en la reorganización de las fuerzas militares y la incorporación de la tecnología occidental, dieron un golpe y obligaron al sultán a reconocer la Constitución de 1876. La revolución estuvo muy lejos de resolver los problemas de la unidad del imperio y de su organización política. Las tensiones entre las reivindicaciones de las nacionalidades no turcas y el proyecto nacionalista de los militares turcos se hicieron evidentes desde que se reunió el Parlamento a fines de 1908. Además, los Jóvenes Turcos estaban divididos en fracciones con distintas orientaciones y, a la vez, en grupos facciosos que competían por el poder.

Ante la impotencia para impedir la desintegración del imperio, los Jóvenes Turcos fueron abandonando los ideales de 1908 y refugiándose en políticas cada vez más abiertamente xenófobas y autoritarias. Asociaron la salvación del imperio con la imposición de la identidad turca al conjunto de las comunidades que lo habitaban.

El avance de Occidente debilitó al Imperio otomano, pero también trajo aparejadas angustias e incertidumbres y la revisión de los pilares de la cultura y la religión musulmana. En Estambul ganó terreno el nacionalismo turco, mientras que en otras áreas del mundo musulmán algunas figuras del campo intelectual proponían la revisión y revitalización del islam.

La expansión europea no solo profundizaba la crisis económica y política del imperio: también cuestionaba la identidad musulmana en el plano cultural y religioso, poniendo en evidencia las debilidades de una civilización que había competido exitosamente con Europa. Los intelectuales del mundo islámico reflexionaron sobre las posibilidades y las desventajas del modelo occidental y en torno a las razones de la decadencia de su propia cultura.

Un sector se inclinó a favor de la modernización, pero alertando contra la mera imitación; los logros de Occidente debían reelaborarse teniendo en cuenta la identidad islámica. Admiraban los éxitos económicos y tecnológicos de Europa, pero rechazaban sus políticas imperialistas.

En este grupo se destacaron Jamal al-Din al-Afghani (1838-1897), pensador y activista político, y su discípulo Muhammad 'Abduh (1849-1905), abogado a la reforma intelectual y religiosa.

Afghani nació en Irán en un contexto familiar relacionado con el clero chiita persa. Viajó por el mundo musulmán, desde Egipto a la India. El estado de descomposición social que percibió en todas las regiones lo condujo a proponer un programa cuyo punto de partida era la reforma interna. Los males del mundo musulmán eran causados por el expansionismo europeo, pero también por los gobernantes autocráticos y los ulemas aferrados a una interpretación retrógrada de la doctrina:

[...] hoy las ciudades musulmanas son saqueadas y despojadas de sus bienes, los países del islam, dominados por los extranjeros y sus riquezas, explotadas por otros. No transcurre un día sin que los occidentales pongan la mano sobre una parcela de estas tierras. No pasa una noche sin que pongan bajo su dominio una parte de estas poblaciones que ellos ultrajan y deshonran.

Los musulmanes no son ni obedecidos ni escuchados. Se los ata con las cadenas de la esclavitud. Se les impone el yugo de la servidumbre. Son tratados con desprecio, sufren humillaciones. Se quema sus hogares con el fuego de la violencia. Se habla de ellos con repugnancia. Se citan sus nombres con términos groseros. A veces se los trata de salvajes [...].

¡Qué desastre! ¡Qué desgracia! ¿Y eso por qué? ¿Por qué tal miseria? Inglaterra ha tomado posesión de Egipto, del Sudán y de la península de la India apoderándose así de una parte importante del territorio musulmán. Holanda se ha convertido en propietaria omnipotente de Java y de las islas del océano Pacífico. Francia posee Argelia, Túnez y Marruecos. Rusia tomó bajo su dominio el Turquestán occidental, el Cáucaso, la Transoxiana y el Daguestán. China ha ocupado el Turquestán oriental. Solo un pequeño número de países musulmanes han quedado independientes, pero en el miedo y el peligro [...]. En su propia casa son dominados y sometidos por los extranjeros que los atormentan a todas horas mediante nuevas artimañas y oscurecen sus días a cada instante con nuevas perfidias. Los musulmanes no encuentran ni un camino para huir ni un medio para combatir [...].

¡Oh, qué gran calamidad! ¿De dónde viene esta desgracia? ¿Cómo han llegado a este punto las cosas? ¿Dónde la majestad y la gloria de antaño? ¿Qué fue de esta grandeza y este poderío? ¿Cómo han desaparecido este lujo y esta nobleza? ¿Cuáles son las razones de tal decadencia? ¿Cuáles son las causas de tal miseria y de tal humillación? ¿Se puede dudar de la veracidad de la promesa divina? '¡Que Dios nos preserve!' ¿Se puede desesperar de su gracia? '¡Que Dios nos proteja!'.

¿Qué hacer, pues? ¿Dónde encontrar las causas de tal situación? Dónde buscar los móviles y a quién preguntar, si no afirmar: "Dios no cambiará la condición de un pueblo mientras este no cambie lo que en sí tiene" (En *Homa Packdamar, Djamal al-Din Assad dit al-Afghani*, París, 1996. Traducción Luis César Bou).

Reconoció la conveniencia de aprender de Occidente en el plano científico y en el de las ideas políticas, pero evitando su materialismo y laicismo. Afghani no era nacionalista, ya que la reforma interna y la expulsión de los europeos debían plasmarse a través de una unión islámica supranacional.

Este modernismo islámico fue esencialmente un movimiento intelectual y no dio lugar a organizaciones duraderas, pero perduró como corriente de pensamiento interesada en compatibilizar la interpretación del islam con la reforma sociopolítica del mundo musulmán.

Hacia el capitalismo global

La revolución industrial tuvo lugar en Inglaterra a fines del siglo XVIII. A mediados del siglo XIX se habían incorporado Alemania, Francia, Estados Unidos, Bélgica y a partir de los años 90 se sumaron los países escandinavos: Holanda, norte de Italia, Rusia y Japón. En el último cuarto del siglo XIX, la base geográfica del sector industrial se amplió, su organización sufrió modificaciones decisivas y al calor de ambos procesos, cambiaron las relaciones de fuerza entre los principales Estados europeos, al mismo tiempo que se afianzaban dos Estados extra-europeos: Estados Unidos y Japón

La industria británica perdió vigor y Alemania junto a Estados Unidos pasaron a ser los motores industriales del mundo. En 1870 la producción de acero de Gran Bretaña era mayor que la de Estados Unidos y Alemania juntas; en 1913 estos dos países producían seis veces más que el Reino Unido.

Las experiencias de Rusia y Japón fueron especialmente espectaculares. Ambos iniciaron su rápida industrialización partiendo de economías agrarias atrasadas, casi feudales. En el impulso hacia la industria, sus gobiernos desempeñaron un papel clave promoviendo la creación de la infraestructura, atrayendo inversiones y subordinando el consumo interno a las exigencias del desarrollo de la industria pesada. En el caso de Rusia, las industrias altamente avanzadas coexistieron con una agricultura pre-moderna. En Japón el crecimiento económico fue más equilibrado. Los nuevos países de rápida industrialización tenían la ventaja de que al llegar más tarde pudieron empezar con plantas y equipos más modernos, es decir podían copiar tecnologías saltando pasos, al mismo tiempo, podían atraer a los capitales ya acumulados que buscaban dónde invertir, el capital francés por ejemplo, tuvo un papel destacado en el crecimiento de la industria rusa.

En Europa del sur, el proceso de industrialización modificó más fragmentariamente. Las estructuras vigentes fueron especialmente débiles en España y Portugal, mientras que en Italia la industria renovó a fondo la economía del norte, pero se ahondó la fractura entre el norte industrial y el sur agrario.

A pesar que entre 1880 y 1914 la industrialización se extendió con diferentes ritmos y a través de procesos singulares, las distintas economías nacionales se insertaron cada vez más en la economía mundial. El mercado mundial influyó sobre el rumbo económico de las naciones en un grado desconocido hasta entonces. El amplio sistema de comercio multilateral hizo

posible el significativo crecimiento de la productividad de 1880 a 1914. Simultáneamente se profundizó la brecha entre los países industrializados y las vastas regiones del mundo sometidas a su dominación.

En la era del imperialismo, la economía atravesó dos etapas: la gran depresión (1873-1895) y la *belle époque* hasta la Gran Guerra. La crisis fue en gran medida la consecuencia no deseada del exitoso crecimiento económico de las décadas de 1850 y 1860, la primera edad dorada del capitalismo.

Los éxitos del capitalismo liberal a partir de mediados del siglo XIX desembocaron en la intensificación de la competencia, tanto entre industrias que crecieron más rápidamente que el mercado de consumo como entre los Estados nacionales, cuyo prestigio y poder quedaron fuertemente asociados a la suerte de la industria nacional. El crecimiento económico fue cada vez más de la mano con la lucha económica que servía para separar a los fuertes de los débiles y para favorecer a los nuevos países a expensas de los viejos. En cierto sentido, con el frenazo del crecimiento económico impuesto por la crisis, el optimismo sobre el progreso indefinido se tiñó de incertidumbres, con los cambios asociados al progreso se hizo evidente también que no había posiciones acabadamente seguras ya que la crisis capitalista no solo golpeaba a los más débiles, sino que también provocaba la bancarrota de los que creían pisar terreno firme. Así como era posible un vertiginoso ascenso de grupos económicos y los hombres que los promovían (el caso de Cecil Rhodes, artífice del imperio británico en el sur de África), también era factible perder posiciones como les ocurría a los industriales ingleses frente a los alemanes o estadounidenses.

La gran depresión no fue un colapso económico sino un declive continuo y gradual de los precios mundiales. En el marco de la deflación, derivada de una competencia que inducía a la baja de los precios, las ganancias disminuyeron. Las reducciones de precio no fueron uniformes. Los descensos más pronunciados se concretaron en los productos agrícolas y mineros suscitando protestas sociales en las regiones agrícolas y mineras.

Frente a la caída de los beneficios, tanto los gobiernos como los grupos sociales afectados buscaron –sin planes acabados– rumbos alternativos. En el marco de la crisis y en relación con el afianzamiento de nuevos industriales y nuevos países interesados en el desarrollo de la industria, ganó terreno el proteccionismo. Además, en el afán de reducir la competencia se avanzó hacia la concentración de los capitales, surgiendo los acuerdos destinados a reducir el impacto de la competencia a través de diferentes modalidades: oligopolios, carteles, holdings. Una tercera innovación, explorada centralmente en Estados Unidos, fue la gestión científica del trabajo que incrementaría la productividad y debilitaría el poder de los sindicatos que defendían el valor de la fuerza de trabajo de los obreros calificados⁴. Por último, un conjunto de Estados

⁴ Las investigaciones de Frederic Taylor, que duraron años, apuntaron a la descomposición del trabajo en tareas simples, estrictamente cronometradas de modo tal que cada trabajador realizara el movimiento necesario en el tiempo justo. El examen de Taylor se extendió a los movimientos de la máquina misma, de la cual también debían suprimirse todos los momentos inactivos. El salario a destajo (por pieza producida) debía actuar como incentivo para la intensificación del ritmo de trabajo.

nacionales y grandes grupos económicos se lanzaron al reparto del mundo en pos de mercados, fuentes de materias primas y nuevas áreas donde invertir los capitales.

Desde mediados de los años 90, los precios comenzaron a subir y con ellos los beneficios. El impulso básico para este repunte provino de la existencia de un mercado de consumo en expansión, conformado por las poblaciones urbanas de las principales potencias industriales y regiones en vías de industrialización. En la *belle époque* el mundo entró en una etapa de crecimiento económico y creciente integración.

Sus investigaciones, que duraron años, apuntaron a la descomposición del trabajo en tareas simples, estrictamente cronometradas de modo tal que cada trabajador realizara el movimiento necesario en el tiempo justo. El examen de Taylor se extendió a los movimientos de la máquina misma, de la cual también debían suprimirse todos los momentos inactivos. El salario a destajo (por pieza producida) debía actuar como incentivo para la intensificación del ritmo de trabajo.

Los pilares de la economía global

Entre 1896 y 1914, las economías nacionales se integraron al mercado mundial a través del libre comercio, la alta movilidad de los capitales y destacado movimiento de la fuerza de trabajo vía las migraciones, principalmente desde el Viejo Mundo hacia América.

El comercio mundial casi se duplicó entre 1896 y 1913. A Gran Bretaña con su imperio le correspondió cerca de una tercera parte de todo el comercio internacional. El comercio no vinculado directamente con Gran Bretaña prosperó debido a que formaba parte de un sistema más amplio que reforzaba la orientación librecambista. El movimiento proteccionista —que buscaba resguardar los intereses de la industria incipiente— y de los grupos agrícolas afectados por la incorporación de nuevos productores no afectó la apertura internacional, ya que los países que la adoptaron no rompieron su vinculación con el mercado mundial. Aun con políticas que tenían en cuenta a los que reclamaban protección, se mantuvieron fuertes lazos con los intercambios mundiales vía la entrada de materias primas que no competían con la producción nacional e insumos intermedios de los que ésta carecía.

La inversión internacional aumentó aun más rápidamente. El flujo de dinero fue importante tanto para el rápido desarrollo de gran parte de los países que los recibían como para los que invertían en ellos. El capital británico estuvo a la cabeza de las inversiones internacionales. Los grandes capitales, por ejemplo, en lugar de abrir una nueva línea de ferrocarril en Gran Bretaña podían dirigirse hacia la periferia donde eran requeridos para abaratar el traslado de los alimentos y de las materias primas requeridos por el taller del mundo. Los ferrocarriles atrajeron la mitad de las inversiones inglesas en el exterior y las ganancias procedentes de otros países en este rubro fueron casi dos veces superiores a las obtenidas en el Reino Unido. Estos beneficios saldaban el déficit comercial británico. Los principales receptores no fueron las regiones más pobres de Asia y África, sino países de rápido desarrollo industrial, los de

reciente colonización europea y algunas colonias claves. En 1914, tres cuartas partes de la inversión exterior británica fueron hacia Estados Unidos, Australia, Argentina, Sudáfrica e India.

Junto con vasta la circulación de bienes y capitales, millones de personas se trasladaron a las regiones más dinámicas del Nuevo Mundo abandonando las zonas más pobres de Europa y Asia. En la primera década del siglo XX los inmigrantes representaban el 13% de la población de Canadá, 6% de Estados Unidos y 43% de la Argentina. Para los trabajadores no cualificados de los centros que recibían inmigrantes, la llegada de los extranjeros significó salarios más bajos. La tendencia hacia la baja de los salarios de la mano de obra no calificada, junto con las diferencias religiosas, étnicas entre los grupos de diferente origen, alentaron las divisiones entre los trabajadores. En Australia y Estados Unidos, los sindicatos apoyaron las restricciones a la inmigración y los más afectados fueron los inmigrantes procedentes de Japón y China.

Gran Bretaña fue el centro organizador de esta economía cada vez más global. Aunque su supremacía industrial había menguado, sus servicios como transportista, junto con su papel como agente de seguros e intermediario en el sistema de pagos mundial, se hicieron más indispensables que nunca. El papel hegemónico de la principal potencia colonial se basó en la influencia dominante de sus instituciones comerciales y financieras, como también la coherencia entre su política económica nacional y las condiciones requeridas por la integración económica mundial.

La primacía del mercado mundial fue posibilitada por los avances en las tecnologías del transporte y las comunicaciones: el ferrocarril, las turbinas de vapor (que incrementaron la velocidad de los nuevos buques), la telegrafía a escala mundial y el teléfono. En el pasado, con un comercio exterior caro e inseguro no había aliciente para participar en el mismo; en cambio con el abaratamiento del mismo, la autarquía perdió terreno. Europa inundó al mundo con sus productos manufacturados y se vio a la vez nutrida de productos agrícolas y materias primas provenientes de sus colonias o de los Estados soberanos, pero no industrializados, como los de América Latina.

La integración de las distintas economías nacionales se concretó a través de la especialización. Cada región se dedicó a producir aquello para lo cual estaba mejor dotada: los países desarrollados, los bienes industriales; los que contaban con recursos naturales, alimentos y materias primas. El patrón oro aseguró que los intercambios comerciales y los movimientos de capital tuvieran un referente monetario seguro y estable. Fue más importante para las finanzas internacionales que para el comercio. La adhesión de los Estados al patrón oro les facilitaba el acceso al capital y a los mercados exteriores. Pero al mismo tiempo, desde la perspectiva de las economías nacionales, impedía que los gobiernos interviniesen en la regulación del ciclo económico. Con la aceptación del patrón oro se renunciaba a la posibilidad de devaluar la moneda para mejorar la posición competitiva de los productos nacionales: los gobiernos no podían imprimir dinero ni reducir los tipos de interés para inyectar estímulos a la inversión y aliviar el desempleo en momentos de recesión. La evolución de la economía nacional quedaba atada a la preservación de la confiabilidad ganada por la moneda en el escenario internacional.

En Gran Bretaña, los grupos financieros y las firmas vinculadas al comercio mundial impusieron su visión internacionalista que subordinó la marcha de la economía nacional a la preservación de una moneda estable respaldada por el oro. En los países subdesarrollados, los grupos de poder que dominaban el sector primario (terratenientes y propietarios de minas) oscilaron entre el apoyo a la rigidez del oro y la desvinculación que posibilitaba la devaluación cuando los precios de sus productos descendían en el mercado mundial. La mayoría de los países exportadores de productos agrícolas y mineros solo se ataron al oro en forma intermitente. En Estados Unidos, que se mantuvo vinculado al oro, las dos opciones chocaron con fuerza, ya que era un país integrado por regiones con intereses en tensión. Los agricultores, ganaderos y mineros, afectados por la competencia con productores de países con monedas devaluadas, fueron la base de apoyo del movimiento populista que en los años noventa defendió el retorno a la plata. Esta vía, según los populistas, liberaría al país del plan concebido por los banqueros, inversores y comerciantes extranjeros.

El orden basado en el patrón oro, de hecho era gestionado por el Banco de Inglaterra y vigilado por la Armada británica. Cuando algún país deudor se quedaba sin oro o plata, suspendiendo el pago de sus deudas (los casos de Egipto o Túnez, por ejemplo) podía perder territorios o incluso la independencia a manos de las potencias occidentales.

En el capitalismo de *laissez-faire* que fue positivo para el crecimiento económico global hubo algunos ganadores y muchos perdedores. Se beneficiaron figuras vinculadas con distintas actividades y localizadas en diferentes zonas del mundo: banqueros de Londres, fabricantes alemanes, ganaderos argentinos, productores de arroz indochinos. Lo que los unía era el hecho de haberse dedicado a una actividad altamente competitiva en el mercado mundial y, en consecuencia, no deseaban que la intervención del Estado afectara el funcionamiento del mercado. Este sistema exigió enormes sacrificios a quienes no podían competir en el mercado internacional. Los agricultores de los países industriales y los industriales de los países agrícolas querían protección. Los más pobres y débiles, junto con los menos eficientes (tanto en las actividades agrarias como en la industria), presionaron sobre los gobiernos para que aliviasen su situación.

Solamente Gran Bretaña y los Países Bajos adoptaron acabadamente el libre comercio. En Estados Unidos, aunque los proteccionistas tuvieron un peso destacado no asumieron planteos extremos: si bien defendían la preservación del mercado interno para los productores agrarios e industriales nacionales, al mismo tiempo reconocían las ventajas de colocar la producción estadounidense en el exterior y que el país recibiera inversiones. La mayor parte los países fueron más o menos proteccionistas.

El movimiento obrero se mostró ambiguo en el debate sobre proteccionismo y libre cambio. Como consumidores podían verse favorecidos por el libre comercio si los precios de los alimentos importados eran menores que los locales, por otro lado, no necesariamente las importaciones reducían la oferta de trabajo, esto dependía de la actividad a que estuvieran ligados los trabajadores. La principal preocupación de los obreros era el desempleo y la baja de los salarios derivada del mismo. En este sentido, la mayor amenaza procedía de un patrón oro

rígido que al aceptar las recesiones como una consecuencia normal del ciclo económico, impedía a los gobiernos a tomar medidas para evitar no sólo la desocupación sino también la miseria que iba asociada a la falta de trabajo. A medida que el movimiento obrero se afianzó, se hizo cada vez más difícil que los trabajadores aceptaran que sus condiciones de vida quedasen sujetas a los movimientos del mercado mundial. El conflicto social no podía controlarse solo a través de la represión y los gobiernos tuvieron que reconocer que el liberalismo ortodoxo obstaculizaba sus posibilidades de ganar apoyos en un electorado que incluía cada vez más a los miembros del mundo del trabajo. En la era del imperialismo, algunos gobiernos –mucho de ellos conservadores– exploraron las posibilidades de medidas relacionadas con el bienestar social.

La nueva política

La nueva oleada de industrialización complejizó el escenario social y dio paso a nuevas batallas en el campo de las ideas. En lugar de polarizar la sociedad, el avance del capitalismo propició la aparición de nuevos grupos, en gran medida debido a la diversificación de los sectores medios: los asalariados del sector servicios, la burocracia estatal y el personal directivo de las grandes empresas. También modificó la fisonomía y el comportamiento de la burguesía que dejó de ser la clase revolucionaria que había sido. El burgués que dirigía su propia empresa perdió terreno, en la conducción de las nuevas industrias aparecieron profesionales y técnicos que engrosaron las filas superiores de los sectores medios. La gran burguesía preservó su adhesión al liberalismo económico, pero su liberalismo político se cargó de incertidumbre ante el avance de las fuerzas que pugnaban por la instauración de la democracia. Los liberales que viraron hacia el imperialismo, por ejemplo el inglés Chamberlain o el francés Ferry, creyeron posible que la expansión colonial ayudaría a descomprimir el conflicto social. Al apoyar el reparto del mundo dejaron de lado la máxima de que la paz era factible a través del libre comercio y avalaron la carrera armamentista a través de la cual los Estados competían en la creación de imperios coloniales. En el campo de la cultura y las formas de vida, la gran burguesía se sintió cada vez más consustanciada con los valores de la aristocracia y en el afán de distinguirse socialmente, el burgués ahorrativo e inversor que había impulsado la revolución industrial dejó paso a una alta burguesía que asumía las formas de vida y de consumo distintivas de la aristocracia.

Hasta el último cuarto siglo XIX, las fuerzas conservadoras fueron el principal rival de los liberales. Con disímiles grados de fuerza y convicción en los distintos países, la burguesía ascendente enfrentó al orden monárquico y a la aristocracia. El proyecto liberal incluía la defensa de los derechos humanos y civiles, la mínima intervención del Estado en la economía, la creación de un sistema constitucional que regulara las funciones del gobierno y las instituciones que garantizaran la libertad individual. Este ideario se fundaba en la primacía de la razón y era profundamente optimista respecto al futuro. Sin embargo, en el presente, los

liberales condicionaron la democracia: los que no tenían educación y carecían de bienes que defender, debían ser guiados por los ilustrados y los que promovían el crecimiento económico. Únicamente los ilustrados y los propietarios estaban capacitados para adecuar las políticas del Estado a las leyes *naturales* del mercado. En un principio, los liberales levantaron una serie de barreras económicas y culturales para impedir el voto de las mayorías. Al mismo tiempo que socavaban los principios y prácticas del antiguo régimen, deseaban que los asuntos públicos quedasen en manos de los notables. En algunos casos fueron los conservadores, por ejemplo el canciller Otto von Bismarck en Prusia o el emperador Napoleón III en Francia, quienes ampliaron el derecho a votar. Deseaban contener el avance de los liberales y para eso recurrieron a su posibilidad de manipular a un electorado masivo, pero escasamente politizado.

El avance de la industrialización asociada con la decadencia de la economía agraria tradicional modificó profundamente la trama de relaciones sociales. El debilitamiento de las aristocracias terratenientes, junto con el fortalecimiento de la burguesía y la creciente gravitación de los sectores medios y de la clase obrera, gestaron el terreno propicio para el avance de la democracia. En este proceso se combinaron las reformas electorales que incrementaron significativamente el número de votantes, la aparición de nuevos actores, los partidos políticos, y la aprobación de leyes sociales desde el Estado.

Los cambios en el plano político se produjeron a ritmos y con intensidades muy diferentes. Las transformaciones más tempranas y profundas se concretaron en Gran Bretaña. En el resto del continente europeo hubo una oleada revolucionaria en 1848 que produjo el quiebre de la cohesión del antiguo régimen, aunque muchos liberales, por ejemplo, los alemanes e italianos, no lograron alcanzar sus metas. Las tres décadas siguientes fueron un período de reforma básicamente promovida desde arriba. En casi todos los países, salvo en Rusia, el período concluyó con el avance de los gobiernos más o menos constitucionales frente a los autocráticos. Antes de 1848, las asambleas parlamentarias sólo habían prosperado en Francia y Gran Bretaña. A partir de 1878, los parlamentos elegidos eran reconocidos en casi todos los países europeos. Sin embargo, los liberales del siglo XIX buscaban *un justo equilibrio*. Querían evitar *la tiranía de las masas*, que consideraban tan destructiva como la tiranía de los monarcas. Los liberales luchaban por un parlamento eficaz que reflejara los intereses de todo el pueblo, pero descartaban que los pobres y los incultos comprendieran cuáles eran sus propios intereses.

La nueva política también incluyó la manipulación del electorado y en muchos casos, la ampliación del sufragio apareció asociada con el fraude electoral. Generalmente, en las áreas menos urbanizadas las elecciones se hacían a través de relaciones más personales que políticas. En cada pueblo o aldea existían dos o tres personajes de peso que actuaban como grandes electores a través de su control sobre las autoridades de la localidad y de sus posibilidades de ofrecer favores a los miembros de la comunidad. El gran elector podía acrecentar su poder mediante el vínculo forjado con el dirigente político (muchas veces ajeno al medio local) que ocupaba la banca en la asamblea legislativa nacional gracias a los votos obtenidos por el jefe político local. Después desde su banca el diputado electo devolvía el favor

a través de su colaboración en nombramientos y destituciones, y en la promoción de determinadas obras públicas. Estos vínculos raramente eran armoniosos y daban lugar a enfrentamientos entre diferentes jefes políticos y facciones que dividían a la clase gobernante y podían ir asociados con crisis institucionales. Los nuevos partidos que pretendían llegar al gobierno sufrían tanto las consecuencias del fraude como la violencia instrumentadas desde el Estado. Estas prácticas tuvieron mayor peso en los países más débilmente urbanizados, por ejemplo los del sur europeo.

No obstante, desde fines del siglo XIX hasta la Gran Guerra se produjo un avance significativo de la política democrática en la mayoría de los países europeos. Las profundas transformaciones sociales que acompañan a la segunda revolución industrial, así como la creciente urbanización y los cambios culturales, provocan una progresiva ampliación de las bases sociales sobre las que se sustentó la legitimidad del ejercicio de la política. Esto supuso la lenta transición desde el liberalismo moderado, de carácter restringido o censatario, hacia la adopción de prácticas democráticas, en las que se integraron cada vez con mayor fuerza las clases medias urbanas.

Con la ampliación del cuerpo electoral, los acuerdos entre los notables cedieron el paso a las decisiones de los partidos políticos. Estos se hicieron cargo de una variada y compleja gama de tareas. La producción de los resultados electorales que legitimasen el ingreso al gobierno de los dirigentes partidarios requería de organizaciones estables y consistentes, capaces tanto de representar los intereses de los electores como de construir nuevas identidades políticas. Los vínculos entre dirigentes y dirigidos trascendieron el marco local y los nuevos partidos de alcance nacional, no sólo organizaron campañas electorales y defendieron determinados intereses, también intervinieron en la construcción de cosmovisiones en competencia en torno a la mejor forma de satisfacer el bien común. La política de la democracia apareció asociada con la creciente gravitación de los elementos lengua, raza, religión, tierra, pasado común que se proponían como propios de cada nacionalidad. La exaltación de los mismos contribuía a la cohesión entre los distintos grupos sociales de una misma nacionalidad al mismo tiempo que los distinguía de *los otros*, los que no compartían dichos valores y atributos.

Ante la creciente movilización de los sectores populares y el temor a la revolución social, los gobiernos promovieron reformas sociales con el fin de forjar un vínculo más o menos paternalista con los sectores más débiles del nuevo electorado. En los años ochenta, el conservador canciller de Prusia Otto Bismarck, por ejemplo, fue el primero en poner en marcha un programa que incluía seguros de enfermedad, de vejez, de accidentes de trabajo. También se aprobaron medidas en este sentido en Gran Bretaña, Austria, Escandinavia y Francia. El Estado mínimo postulado por los liberales retrocedía frente al muy incipiente Estado de bienestar.

Antes de haber completado la transformación del antiguo régimen, el ideario liberal y el orden burgués sufrieron el embate de nuevos contendientes: el de la clase obrera y el de la nueva derecha radical. La primera no solo creció numéricamente, las experiencias compartidas en el lugar de trabajo, en los barrios obreros, en el uso del tiempo libre y del espacio público y a

través, tanto de la necesidad de organizarse sindicalmente, como de la interpelación de los socialistas, construyeron un *nosotros*, una identidad como clase obrera.

En década de 1890, con el avance de los partidos socialistas que confluyeron en la Segunda Internacional (1889-1916), el movimiento obrero socialista se afianzó como un fenómeno de masas. Sin embargo, existieron destacados contrastes entre las trayectorias de las distintas clases obreras nacionales, tanto en el peso y el grado de cohesión de las organizaciones sindicales como en el modo de vinculación entre los sindicatos y las fuerzas políticas que competían para ganar la adhesión de los trabajadores. Estas divergencias remiten en parte, a las batallas de ideas entre socialistas, marxistas, anarcosindicalistas, sindicalistas revolucionarios, pero básicamente, a las diferentes experiencias de la clase obrera en el mundo del trabajo y en los distintos escenarios políticos nacionales.

El cuestionamiento de la nueva derecha al liberalismo fue más radical que la del socialismo. Este último rechazaba el capitalismo, pero adhería a principios básicos de la revolución burguesa: la fe en la razón y en el progreso de la humanidad. La derecha radical en cambio, inauguró una *política en un nuevo tono* que rechazó la lógica de la argumentación y apeló a las masas en clave emocional para recoger sus quejas e incertidumbres frente a los hondos cambios sociales y el impacto de la crisis económica. Los nuevos movimientos nacionalistas tuvieron especial acogida entre los sectores medios, pero también ganaron apoyos entre los intelectuales, los jóvenes y, en menor medida, entre sectores de la clase obrera. La crisis económica en la era de la política de masas alentó la demagogia y dio cabida a la acción directa para presionar sobre los gobiernos, y al mismo tiempo impugnar a los políticos y procedimientos parlamentarios. Desde la perspectiva de la derecha radical, la democracia liberal era incapaz de defender las glorias de la nación, siendo responsable de las injusticias económicas y sociales que producía el capitalismo.

La derecha radical

Tanto en Alemania, como Francia y Austria, la nueva derecha radical combinó la exaltación del nacionalismo con un exacerbado antisemitismo. En Italia, los nacionalistas defendieron la necesidad de apropiarse de nuevos territorios para dejar de ser una *nación proletaria*. En sus reivindicaciones ocuparon un lugar clave, las provincias que, como Trentino, Tirol del Sur, Trieste, Istra y Dalmacia, quedaron bajo dominio austriaco (provincias irredentas, no liberadas). Los nacionalistas que continuaron bregando por su incorporación al Estado italiano entraron en acción después de la Primera Guerra Mundial.

Francia fue pionera en la gestación de grupos de derecha radical tan antiliberales y anti-socialistas como capaces de ganar adhesiones entre los sectores populares. En los años 80, el carismático general Boulanger recibió apoyo económico de los monárquicos y recogió votos en barrios obreros. A fines de la década de 1890, Charles Maurras, al frente de Acción Francesa, se presentó en la escena política como un rabioso antiparlamentario, antirrepublicano y antisemita. El

caso Dreyfus⁵ dividió a Francia: por un lado, la facción anti-Dreyfus, integrado por conservadores, izquierdistas que adherían al antisemitismo anticapitalista y nacionalistas extremos; por el otro, los pro-Dreyfus formado por el centro demócrata laico y el sector de los socialistas encabezados por Jean Jaurès. La condena en 1894 del capitán Alfred Dreyfus de origen judío, por el delito de traición, conmocionó a la sociedad francesa. Así, dio lugar a una serie de crisis políticas y marcó un hito en la historia del antisemitismo. La constatación que las pruebas en contra de Dreyfus fueron fraguadas, hicieron posible su liberación y reincorporación al ejército doce años después que estallara el escándalo. El caso puso en evidencia el fuerte arraigo de un nacionalismo y un antisemitismo extremos en el seno de la sociedad francesa. Los más decididos defensores de que se hiciera justicia fueron el dirigente republicano George Clemenceau y el escritor Émile Zola, autor de la carta pública, *Yo acuso*, dirigida al presidente francés.

Bajo el impacto de la condena de Dreyfus, Theodor Herzl, judío nacido en Budapest y hombre de letras de formación liberal, se abocó de lleno a promover la constitución de un Estado que acogiera a los judíos dispersos por el mundo. En 1896 publicó *El Estado de los judíos* y al año siguiente, el Primer Congreso Sionista reunido en Basilea con predominio de las organizaciones judías de Europa central, aprobó el proyecto para la creación del futuro Estado de Israel en Palestina. En ese momento, Palestina formaba parte de la Gran Siria bajo el dominio del Imperio otomano con Jerusalén como distrito autónomo en virtud de su condición de capital religiosa del Islam, cristianismo y judaísmo. Después de Basilea, la Organización Mundial Sionista quedó a cargo de la compra de tierras en Palestina para que fueran ocupadas y trabajadas exclusivamente por judíos organizados en colonias (kibutz). La primera *aliyah* o movimiento masivo de regreso a Palestina ya se había concretado en 1881 impulsada por los progromos desatados en Rusia después del asesinato del zar Alejandro II. La segunda *aliyah* se produjo entre 1904-1907 al calor de la derrota del zarismo en la guerra ruso-japonesa y la revolución de rusa de 1905. Entre 1900 y 1914, el número de colonias sionistas en el territorio palestino creció de 22 a 47.

⁵ El 1 de noviembre de 1894 los titulares del diario nacionalista y antisemita *La Libre Parole* anunciaron "¡Alta traición! ¡Detención del capitán Dreyfus, un oficial judío!". El servicio de contraespionaje francés había encontrado un mes antes, en un cesto de papeles en la embajada de Alemania en París, un documento manuscrito en el que se proponía la venta, al agregado militar de la embajada, de información sobre planes militares franceses. Todo indicaba, en opinión de los agentes franceses, que un militar actuaba como espía de los alemanes, los principales enemigos de nación francesa. Un alto oficial reconoció la letra del capitán Alfred Dreyfus. Al conocerse su arresto la prensa de derechas desencadenó una ola de artículos exigiendo el castigo ejemplar para "el oficial judío". En diciembre comenzó sus sesiones el Consejo de Guerra, y ante la ausencia de pruebas contundentes, el ministro de la Guerra, el general Mercier, sacó la conclusión de que esto "sólo demostraba la inteligencia con que el delincuente había actuado". Dreyfus fue condenado a cadena perpetua en la remota Isla del Diablo, en la Guayana francesa. Sin embargo, el nuevo jefe del contraespionaje francés, el general George-Marie Picquart, ordenó revisar el caso para buscar pruebas más sólidas. La nueva investigación no sólo confirmó la falta de razones probadas, además permitió descubrir que la letra del comandante Esterhazy era idéntica a la del documento que se atribuyó a Dreyfus. Sus jefes ordenaron a Picquart que olvidase el asunto. No obstante, los resultados de su búsqueda llegaron a la prensa y comenzó un formidable enfrentamiento entre los *dreyfusards*, partidarios de la revisión del proceso, y los "antidreyfusards" que exigen el cumplimiento de la condena en nombre del honor del ejército francés y los intereses nacionales. El combate de ideas desembocó en la lucha en las calles. En enero de 1898 se inició el juicio a Esterhazy que salió absuelto. En ese momento, el periódico *L'Aurore* publicó el *Yo acuso* firmado por el prestigioso novelista francés Emile Zola, un escritor que en sus novelas dejó testimonio del conflicto social y de las condiciones de vida de las sectores sociales oprimidos en este período de expansión y consolidación del capitalismo. Al día siguiente, en las páginas del mismo periódico dirigido por George Clemenceau aparecía una lista de escritores, profesores y artistas Anatole France, André Gide, Marcel Proust y el pintor Monet entre otros que cuestionaban la culpabilidad de Dreyfus y apoyaban la revisión de su caso. El director del periódico la tituló: el "Manifiesto de los intelectuales". Un año después, Dreyfus fue indultado sin que esto supusiera la revisión de la condena. Recién en 1906 se produjo su rehabilitación pública regresando al ejército con el grado de batallón.

Maurras no dudó en privilegiar la defensa de la nación aunque esto incluyera la falsificación del juicio.

En el campo de las ligas nacionalistas, otros grupos (menos atados al tradicionalismo) avanzaron hacia el cuestionamiento del orden social. La Liga de los Patriotas alentó un nacionalismo autoritario destinado a terminar con la corrupción de los políticos y a conciliar los intereses de diferentes clases sociales. Prometió la regulación económica para ayudar a los pequeños comerciantes y artesanos y apoyó la organización sindical de los obreros. En este período circuló en Francia el concepto de *nacionalsocialismo*. Fue utilizado por el escritor Maurice Barrès en su afán de articular los principios del vitalismo y del racismo darwinista con las raíces nacionales. Se diferenció de Acción Francesa por la importancia que asignó al radicalismo económico y a la posibilidad de movilizar a las masas a través de las emociones, entre las que privilegió el odio al judío y el culto a los héroes.

En el imperio de los Habsburgo, el noble y en un primer momento liberal, George von Schönerer, rabiosamente convencido que Austria debía ser parte de Alemania, pretendió organizar a los nacionalistas alemanes con un programa nacional-social y brutalmente antisemita que apelaba a los estudiantes y a las clases medias empobrecidas a través de la reivindicación de la unidad de los alemanes y de la justicia social. Aunque no logró crear un movimiento de masas, tuvo un papel significativo en la afirmación de un nuevo modo de hacer política. El más pragmático socialcristiano, Karl Lueger –quien también combinó apelaciones nacionalistas y antisemitas, aunque en tono más moderado, con declaraciones a favor de la justicia social y la adhesión al catolicismo– fue elegido alcalde de Viena en 1897.

Las ligas nacionalistas emergieron en Alemania en los años 80 como instrumento de presión a favor de una política imperialista en la que Bismarck no se había embarcado. La Liga Panalemana contó con la presencia del entonces joven Alfred Hugenberg y la más significativa Liga de la Marina recibió el aporte económico del fabricante de armas Krupp. Ambos se vincularon con Hitler después de la guerra.

En el plano interno, las ligas fueron decididamente antisocialistas y antisemitas, además propiciaron la eliminación de las culturas minoritarias como las de los polacos. Ambicionaban que la superioridad racial de los alemanes quedara consagrada con su dominación sobre el conjunto de Europa.

Salvo los socialcristianos encabezados por Lueger, ninguno de estos grupos llegó al gobierno, pero aunque se movieron en los márgenes, su interés radica en los lazos propuestos entre la política popular, el antiliberalismo, antisocialismo y antisemitismo. Si bien el fascismo no fue la proyección lineal de ninguna de estas fuerzas, la rebelión intelectual y política de finales del siglo XIX contra la Ilustración abonó el terreno en que arraigó el fascismo, pero solo después de que el trauma de la Primera Guerra Mundial lo hiciera factible.

La Iglesia Católica rechazó decididamente al liberalismo a través de las opiniones vertidas por el papa Pío IX en el documento *Syllabus* y la encíclica *Quanta Cura* publicadas en 1864. En los años 90, ante el avance de los cambios sociales y políticos, el Papado, en lugar de limitarse a denunciar los pecados del mundo moderno, decidió intervenir en el curso del nuevo orden. La

encíclica *Rerum Novarum* de León XIII sobre la condición de los obreros (1891) alentó la gestación del *catolicismo social*. La propuesta de atender los reclamos justos de los trabajadores fue seguida de la creación de partidos políticos y de sindicatos católicos. La tarea organizada conjuntamente por la jerarquía, los sacerdotes y los laicos con conciencia social, se presentó como una tercera vía entre el capital y el movimiento obrero socialista. Los capitalistas debían entender que la familia obrera tenía que desarrollarse en condiciones dignas. Los obreros no debían seguir las palabras y acciones de quienes conducían al caos social con la consigna de la abolición de la propiedad privada. Los sindicatos católicos lograron mayor arraigo en las ciudades pequeñas y en el campo que en los grandes enclaves industriales urbanos donde tuvieron dificultades para competir con los socialistas. Tanto en Italia (partido Popular) como en Alemania (el partido de Centro), los partidos católicos contaron con un significativo apoyo de los sectores populares.

La era del imperialismo en América Latina

La era del imperialismo constituyó el marco de la decisiva incorporación de América Latina a la economía mundial capitalista. Este proceso produjo transformaciones fundamentales en todo el subcontinente: por un lado, consolidó el perfil agro-minero exportador de su economía; por otro lado, esa orientación profundizó las diferencias regionales, en función de las diversas “vías nacionales” a través de las cuales se llevó a cabo. También fue en esta era cuando se despertaron las más intensas expresiones de búsqueda de una identidad latinoamericana y nacional, recortada frente a los imperialismos que la amenazaban. En síntesis, este territorio histórico condensa problemáticas decisivas para América Latina.

Las apetencias de las economías europeas, en este período de crecimiento de las economías industrializadas y de expansión sobre nuevos territorios, encontraron en América Latina un espacio propicio para la obtención de materias primas y un mercado en crecimiento para la colocación de productos de elaboración industrial. Frente a ese contexto, las oligarquías locales buscaron incrementar la producción agrícola y minera para su exportación. Lo hicieron sobre la base de la estructura de los grandes latifundios o haciendas, de las que eran propietarias. Así, consolidaron un modelo de crecimiento económico basado en la especialización productiva, en la explotación extensiva y en la dependencia de los mercados exteriores.

En este marco, cada zona se especializó en la provisión de determinados productos. En las pampas de clima templado de la Argentina y Uruguay prosperó la producción de lana, cereales y carne. La agricultura tropical se extendió por una vasta región: el café desde Brasil hasta Colombia, Venezuela y América Central; el banano en la costa atlántica de Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia y Venezuela; el azúcar en Cuba, Puerto Rico y Perú; el cacao en Ecuador. En el caso de la minería se recuperaron exportaciones tradicionales: la plata en México, Bolivia y Perú; el cobre y nitratos en Perú y Chile; el estaño en Bolivia y, algo más tarde, el petróleo en México y en Venezuela.

Este proceso de especialización vinculado a la demanda internacional supuso cambios en los niveles de inversión e infraestructura requeridos para la producción. Fue fundamental, en ese sentido, el papel desempeñado por Inglaterra en la construcción del transporte ferroviario, así como en el desarrollo de los mecanismos financieros y crediticios, y por su condición de mercado consumidor de los bienes producidos en la región. También EEUU iría ganando terreno, y su presencia en el continente llegaría a ser predominante a través de la participación directa en la explotación de minerales y, fundamentalmente, en la agricultura tropical en Centroamérica y el Caribe.

De esta manera, un aspecto del proceso de “modernización” que acompañó el crecimiento de la actividad económica, fue el mayor nivel de inversión en la producción, el incremento de su escala y fundamentalmente los cambios en la infraestructura, cuyo impacto visual más notable fueron los miles de kilómetros de redes ferroviarias construidos por capitales ingleses. Esto acompañó un importante crecimiento de las ciudades, algunas de las cuales se transformaron al ritmo de las actividades comerciales y financieras, como así también el movimiento generado en torno a ellas. Fue en estos años que Buenos Aires, San Pablo, La Habana, Lima, Montevideo y Santiago de Chile, entre otras ciudades, abandonaron el viejo aspecto de aldeas o emporios comerciales y se transformaron en grandes urbes con nuevos edificios de arquitectura europea, instalaciones portuarias, trazados que desbordaban las viejas murallas a partir de nuevas avenidas y barrios residenciales. Estas ciudades tenían ahora alumbrado público, y el gas había dejado atrás los aromas del aceite o la grasa vacuna. En ellas floreció una incipiente burguesía, vinculada con las actividades comerciales, y muchas veces con los intereses de las potencias imperialistas.

La otra cara de la “modernización” fue el incremento de la dependencia con respecto a la economía de los países centrales, y la acentuación de los contrastes, tanto entre las diferentes naciones, como entre las diversas regiones con dispares vínculos con la “economía europea”.

Estos contrastes fueron evidentes en el impacto que estas transformaciones tuvieron en las formas de trabajo, en la propiedad de los recursos y, en general, en la estructura de las sociedades de América Latina.

En el caso del café, por ejemplo, las oportunidades que se presentaban para la exportación hicieron crecer en Brasil las expectativas de los terratenientes y empresarios paulistas, quienes recurrieron cada vez más al trabajo de inmigrantes. La mano de obra libre resultaba más rentable que el viejo sistema esclavista, que había predominado en la producción azucarera del norte. En Colombia y El Salvador, en cambio, explotaciones de menor extensión cubrían la demanda de fuerza de trabajo con el alto crecimiento vegetativo de la población mestiza; mientras que en Guatemala, la fuerza de trabajo era proporcionada por las comunidades indígenas que hasta entonces se habían mantenido aisladas de la economía de mercado. También en la producción de azúcar en el norte peruano se utilizaba mano de obra proveniente de las sierras. En este caso, convivían las plantaciones y los modernos ingenios, propiedad de empresarios alemanes y norteamericanos, con un antiguo sistema de reclutamiento de obreros conocido como enganche. Éste consistía en el adelanto de dinero a los trabajadores de las

sierras a través del enganchador, que era un prestamista intermediario vinculado con los propietarios de las tierras y autoridades locales de las zonas serranas conocidos como gamonales. El sistema permitía el contrato temporario, en función del ciclo agrícola, de mano de obra obligada a trabajar por las deudas contraídas, lo cual reproducía antiguas formas de dependencia, bastante distantes del moderno trabajador asalariado.

En México tampoco hubo una importante afluencia de inmigrantes, sin embargo se produjo un crecimiento natural de la población. La concentración de la tierra, estimulada por las oportunidades de explotación de recursos minerales, pero también del henequén en la península de Yucatán, hizo que retrocediera el área de producción de alimentos, y se consolidara el paisaje de la hacienda: la gran propiedad orientada a la producción exportable.

Tanto en el caso de la expansión del Brasil central, vinculada con la producción agropecuaria, como en el de la pampa húmeda argentina y uruguaya, junto con el enriquecimiento de los grandes terratenientes o latifundistas, se produjo también el ascenso social y económico de una parte de los productores directos que conformó una clase media rural. Aquí también fue importante el aporte de sucesivas oleadas de inmigrantes italianos y españoles, que contribuyeron a resolver el problema de la escasez de mano de obra y la necesidad de ocupar nuevos territorios, ganados a las poblaciones indígenas. En estos casos, la inserción en la economía global apareció asociada con la expansión del mercado interno. Las actividades primarias promovieron un incipiente proceso de industrialización, vinculado principalmente con complejos agroindustriales, como saladeros, curtiembres o frigoríficos, pero también con otras actividades complementarias que estaban relacionadas con el crecimiento poblacional y de las ciudades.

En cambio, el *boom* exportador en la agricultura tropical y la minería significó la instalación de islotes económicos más decididamente vinculados a los centros capitalistas que al conjunto de la economía del país productor.

Además de las explotaciones vinculadas al mercado mundial, en los países de tradición indígena persistieron amplias zonas con una agricultura poco renovada donde coexistían la hacienda tradicional y la comunidad campesina. Los grandes latifundios escasamente productivos continuaron confiriendo a sus propietarios un importante poder político y social a nivel regional. Los yanaconas en el alto Perú, los huasipungos en Ecuador y los inquilinos en Chile, eran campesinos que entregaban su trabajo personal a los dueños de las haciendas a cambio de una pequeña parcela de la que dependía su subsistencia.

Estos contrastes apuntados ofrecen un paisaje en el que el crecimiento económico y el proceso de modernización tuvieron como características principales la concentración de la propiedad, el incremento de la incidencia del capital extranjero, la persistencia de antiguas formas de explotación del trabajo, pero también una serie de cambios en las sociedades, vinculados con el crecimiento de las ciudades y el aporte de la inmigración. Si bien la población siguió siendo predominantemente campesina, la proporción se redujo con respecto a la primera mitad del siglo; las nuevas actividades económicas dieron lugar, en algunos casos, a la consolidación de sectores medios, y el incipiente proceso de industrialización,

fundamentalmente en algunos países como Argentina, Chile, Uruguay y México, acompañó la formación de un proletariado urbano y la aparición de las primeras organizaciones de trabajadores. Estos sectores protagonizarían conflictos dentro del orden político sobre el que se había construido el proceso de modernización.

¿Qué características tenía ese orden político? Aquí también los contrastes y las diferencias de los casos nacionales resultan importantes. Sin embargo, puede decirse, en líneas generales, que el llamado *orden oligárquico* conformó el marco político que propició el conjunto de transformaciones que resultaban necesarias para consolidar el nuevo orden económico. Las oligarquías regionales se abocaron a la tarea de terminar de resolver sus diferencias, muchas veces a través de prolongados enfrentamientos, con el objetivo de construir estructuras estatales, necesarias para ofrecer un marco a la actividad agro-minero exportadora. Las políticas estatales resultaban fundamentales para generar condiciones propicias para la inversión de capitales extranjeros y para promover la formación de la fuerza de trabajo que demandaba la expansión de la producción vinculada al mercado mundial. Así, en la mayoría de los países, durante este período, se avanzó en la construcción de las instituciones del Estado nacional a través de la organización de un sistema administrativo más eficiente y especializado, junto con la aprobación de un marco jurídico adecuado para el desenvolvimiento de las nuevas actividades, y la consolidación de ejércitos nacionales profesionalizados y subordinados al gobierno nacional. Estos se ocuparon de neutralizar las resistencias de los poderes regionales, reprimir las primeras protestas de trabajadores y reducir o exterminar a las poblaciones indígenas que ocupaban territorios apetecidos para expandir la frontera de la producción primaria exportable.

De acuerdo al tipo de producto primario que cada región podía ofrecer, se hacía necesaria la ocupación de regiones que, en algunos casos, habían permanecido al margen, incluso durante los siglos de dominación colonial. En el caso de México, Chile y Argentina, por ejemplo, la consolidación del poder estatal estuvo ligada al sometimiento de las poblaciones originarias a través de campañas militares que llegaron a producir el exterminio de poblaciones enteras. Este fue el caso de la llamada “Conquista del Desierto” encabezada por el presidente argentino Julio A. Roca. A través de una excursión militar hacia lo que, con eufemismo, se denominaba “desierto”, el Estado incorporó a la economía nacional, orientada a la exportación de productos demandados por los centros industrializados, como lana, carne o cereales, miles de kilómetros de la Patagonia.

Ya se tratara de gobiernos surgidos de consensos alcanzados entre oligarquías, que sostenían sistemas republicanos basados en elecciones con participación restringida y resultados fraudulentos, o de dictaduras que prescindían de esos mecanismos, el orden oligárquico sobre el que se construyó el proceso de modernización tuvo un sesgo marcadamente autoritario. En muchos casos, fue el resultado de la emergencia de caudillos regionales capaces de traducir sus liderazgos en términos “nacionales”. Las principales disputas respondieron a las diferentes perspectivas de conservadores y liberales en torno de la mayor o menor influencia de la Iglesia

católica en el orden social; también hubo conflictos en torno del carácter, centralista o federal, de la organización política que consagrarían los textos constitucionales.

En general, las oligarquías que comandaron este proceso de consolidación de los Estados Nacionales, lo hicieron guiados por el espíritu “civilizador” que acompañaba las excursiones hacia territorios que antes estaban fuera del alcance estatal. Las consignas de “orden y progreso” o “paz y administración” resultaron lemas característicos que sintetizaban la ideología positivista que sustentaba la acción “modernizadora” en lo económico, pero profundamente conservadora en lo político.

La era del imperialismo yanqui

Hacia finales del siglo XIX asomaría en el continente una sombra imperialista que a la postre se revelaría como algo más palpable que un espectro. La presencia de EEUU se hizo cada vez más potente a partir de su creciente protagonismo en las disputas por los mercados de capital y las fuentes de materias primas. La emergente potencia imperial del norte había procurado posicionarse desde principios del siglo XIX como “hermano mayor” de sus débiles vecinos, para resguardarlos de la posibilidad de recaer en las garras coloniales. El marco ofrecido por la Doctrina Monroe, sancionada en 1823, invocaba el principio soberano de “América para los americanos”, pero establecía de hecho la incumbencia norteamericana en el ámbito continental.

EEUU impulsaba ahora, en la era del imperialismo, una traducción de su liderazgo continental por medio de la promoción de Conferencias que buscaban unir a todos los Estados Americanos. La primera de esas reuniones, convocada en Washington, en 1889, puso en evidencia la intención de los norteamericanos de propiciar acuerdos comerciales y unificar las normas jurídicas para potenciar su penetración económica en el continente, en el marco de su proyecto panamericano. Esa posición de liderazgo en la promoción de una organización de escala continental sería pronto reafirmada a través de la participación en gestiones para dirimir conflictos entre los países latinoamericanos y las viejas potencias imperiales europeas, que aún conservaban su presencia en el continente. Así, la gestión diplomática en ocasión de las disputas entre Venezuela y Gran Bretaña por el límite de la Guyana (1897) sería un antecedente para que luego EEUU interviniera decisivamente en el proceso de independencia de dos islas que constituían los últimos bastiones del viejo imperio español. Principalmente Cuba, aquel emporio de la colonia, constituía un espacio estratégico en el área del Caribe, de singular interés para los norteamericanos. De allí que EEUU ofreciera, además de la diplomacia, su apoyo militar a los ejércitos rebeldes que luchaban por la independencia.

La declaración de guerra a España, en 1898, tras un incidente con un barco de bandera norteamericana, decidió el definitivo retroceso del colonialismo ibérico y, al mismo tiempo, inauguró la era del imperialismo norteamericano a través de la ocupación de Cuba y Puerto Rico, botines de la guerra ganada. Si bien la primera de estas dos islas declarararía su

independencia formal, la enmienda Platt, incorporada al texto constitucional de la nueva República, cedía a EEUU parte del territorio y el derecho a la intervención.

Aunque las iniciativas vinculadas con el proyecto panamericano no se detuvieron y se organizaron nuevas reuniones rebautizadas como Conferencias Interamericanas, con el comienzo del siglo XX, EEUU acentuaría su estrategia de intervención en el continente con menos diplomacia y más garrote. Esa impronta de la política exterior era el espíritu del llamado corolario Roosevelt de la Doctrina Monroe, a través del cual el nuevo presidente norteamericano (Theodore Roosevelt, quien había asumido en 1901), admitía la necesidad de propiciar una política más agresiva de defensa continental frente a la debilidad que mostraban muchos gobiernos para enfrentar las amenazas de las potencias extra-continetales. El desorden financiero de los Estados de América Latina, que supuestamente los colocaban en una situación de debilidad frente a los acreedores europeos, comenzó a ser considerado, también, un motivo de intervención.

A nadie escapaba el hecho de que detrás de esta política de protección continental se encontraban los intereses imperialistas de Norteamérica. Esto se pondría de manifiesto en torno de la independencia de Panamá en 1903. EEUU había intentado negociar con Colombia la cesión de una parte de su territorio, considerado propicio para la construcción de un canal interoceánico. Fracasados los intentos diplomáticos, Roosevelt decidió el apoyo a los ejércitos independentistas, que garantizaron la cesión a EEUU del territorio donde, luego de declarada la independencia, comenzaría a construirse el Canal.

La invocación del corolario Roosevelt de la Doctrina Monroe sería también el pretexto del desembarco de marines norteamericanos en Santo Domingo en 1905, frente a la amenaza de un levantamiento armado opositor y de una intervención en Cuba, amparada en la enmienda Platt, en 1906. Esos hechos desplegados bajo la llamada *política del garrote* consolidaron la presencia de EEUU en el Caribe, que acompañó el incremento de las inversiones norteamericanas, y la consiguiente especialización de las economías caribeñas en la producción de alimentos para la exportación a su protector.

La conexión entre la agresiva política exterior norteamericana y los intereses económicos se hizo más explícita bajo el gobierno de William Taft (1909-1913). Su política exterior hacia América Latina, conocida como *diplomacia del dólar*, se fundaba en la idea que no solo constituía una amenaza la presencia de otras potencias, sino también la influencia de actores económicos ajenos al continente. En ese marco se produjeron intervenciones de EEUU en Honduras, Haití y Nicaragua entre 1909 y 1912, que aseguraron el predominio de las empresas de origen norteamericano.

Con la llegada al gobierno de EEUU del primer presidente demócrata en la era del imperialismo, Thomas Woodrow Wilson (1913-1921), se despertaron expectativas en torno a la proclamación del fin de las políticas agresivas hacia el continente. Sin embargo, rápidamente las acciones de los marines desmintieron los discursos democráticos. El primer escenario de una nueva intervención norteamericana sería el convulsionado vecino del sur, al que ya se le había arrebatado medio siglo antes una parte de su territorio: México. El desembarco en el

puerto de Veracruz, en 1914, justificado por la detención de tropas norteamericanas en Tampico, produjo una reacción defensiva por parte del gobierno encabezado por Victoriano Huerta, surgido de la Revolución que había comenzado en 1910. Si bien las tropas norteamericanas permanecieron durante seis meses en Veracruz, la respuesta mexicana expresaba un principio de autodeterminación y rechazo a la intervención de EEUU, que ya se encontraba extendido en buena parte de los países del continente.

Centroamérica continuó siendo el escenario principal de la influencia imperialista norteamericana: un nuevo desembarco de tropas estadounidenses en Haití, en 1916, se traduciría en una ocupación que perduraría durante 18 años; en República Dominicana, la intervención concretada ese mismo año daría lugar al control del país durante los 8 años siguientes. Sin embargo, esa agresiva política imperialista en el continente, y en particular en Centroamérica, había engendrado también una expresión latinoamericanista, que comenzaba a ser cada vez más claramente asociada con un contenido antiimperialista.

En torno de la intervención norteamericana en la independencia de Cuba, José Martí había denunciado el imperialismo norteamericano en el continente, ofreciendo una visión sobre los peligros que engendraban sus intereses económicos. Esa postura afirmaba la necesidad de fortalecer la unidad del continente, sintetizada en la expresión “Nuestra América”, título de un ensayo político-filosófico escrito por Martí en 1891.

En el campo artístico, filosófico y literario, el movimiento estético denominado *Modernismo*, cuyo representante más notable fue el poeta nicaragüense Rubén Darío, le daba forma – también en esos años– a una búsqueda identitaria recortada frente a lo norteamericano, que rescataba la herencia hispana y católica de la cultura latina frente a la anglosajona.

Esa veta de la expresión artística fue recogida y amplificada por medio de la trascendencia que alcanzó entre los intelectuales del continente la obra *Ariel* del escritor uruguayo José Enrique Rodó, publicada en 1900, que definió en términos de contraste la condición “espiritual” de la cultura hispano americana, frente al carácter “materialista” de lo anglosajón. Más allá del contenido elitista que contenía el planteo de Rodó, su recepción daba cuenta de una vocación extendida en el continente que buscaba reemplazar el dogma cientificista que había predominado en las clases dirigentes, por nuevas representaciones sobre lo nacional y lo continental. Esta búsqueda daba lugar a diferentes expresiones en las que lo nacional se podía pensar tanto a través de las referencias a lo católico, como en torno de reivindicaciones de lo indígena o la condición mestiza del continente, en términos raciales, pero también culturales. La veta *martiniana* de una identificación identitaria de lo latinoamericano recortada frente al imperialismo, sería recuperada por algunos intelectuales con presencia y renombre en el continente, como los argentinos Manuel Ugarte y José Ingenieros. En particular, el primero de ellos sería uno de los más reconocidos promotores de la unidad latinoamericana y de la necesidad de enfrentar el *imperialismo yanqui*, consignas que difundió a través de incansables viajes y conferencias, fundamentalmente entre miembros de nuevas generaciones que provenían de sectores medios ilustrados.

Estas diversas expresiones de una incipiente ideología que hurgaba en la identidad y en el contenido de “lo latinoamericano” y que se relacionaban con un antiimperialismo defensivo, estaban creando también la idea de Latinoamérica, de su unidad e identidad.

La emergencia de este proceso no puede comprenderse sin tener en cuenta que se estaba produciendo un resquebrajamiento del poder monolítico que habían construido las oligarquías aliadas con el imperialismo. Las tensiones internas del orden oligárquico habían comenzado a producir grietas en las sociedades latinoamericanas. En ellas asomaron demandas, tanto de quienes emergieron a partir de la incorporación de América Latina al capitalismo internacional (los sectores medios urbanos y un incipiente proletariado), como de aquellos que habían sido desplazados de sus tierras o formaban parte de regiones que habían quedado marginadas del crecimiento hacia el exterior. Confluyeron así en la desestabilización del orden oligárquico construido en la era del imperialismo, las contradicciones que había engendrado. Se abriría entonces un nuevo escenario para la política, en donde ganarían protagonismo los discursos y los movimientos nacionalistas y antiimperialistas, junto con otros clasistas e internacionalistas, que disputaban las representaciones sobre lo nacional y buscaban torcer las estructuras políticas y económicas que sustentaban la exclusión de las mayorías. Sin embargo, no se cerrarían con estos cambios las intervenciones imperialistas en el continente, acaso porque quedaban sin resolución las contradicciones y conflictos generados durante este período, en el que se produjo la decisiva incorporación de América Latina a la economía mundial capitalista.

Película

Lawrence de Arabia

Ficha técnica	
Dirección:	David Lean.
Duración	222 minutos.
Origen / año	Gran Bretaña, 1962.
Guión	Robert Bolt, basado parcialmente en <i>Los siete pilares de la sabiduría</i> de T.E. Lawrence.
Fotografía	Freddie Young
Montaje	Anne Coates
Música original	Maurice Jarre
Vestuario	Phyllis Dalton
Producción	Sam Spiegel
Intérpretes	Peter O'Toole (T.E. Lawrence); Alec Guinness (Príncipe Feisal); Anthony Quinn (Auda Abu Tayi); Omar Shariff (Sherif Ali); Claude Rains (Mr. Dryden); Jack Hawkins (General Allenby); José Ferrer (el turco Bey); Arthur Kennedy (Jackson Bentley) y Anthony Quayle (Coronel Brighton)

Sinopsis

La imponente y enigmática personalidad de T.E. Lawrence y su actuación en el desierto árabe mientras se dirimía la primera guerra mundial constituyen el centro de atención de la película. El film se inicia con el accidente motociclístico que termina con la vida del personaje en Gran Bretaña en 1935, una serie de personalidades célebres acuden a su funeral y, en breves declaraciones, nos introducen a la figura multifacética del protagonista; entonces, la película se lanza a un relato que combina elementos históricos y legendarios que narran la vida de T.E. Lawrence entre los oficiales ingleses en El Cairo y, sobre todo, sus sorprendentes andanzas entre las tribus árabes en medio del desierto.

Oficial excéntrico y desafiante, Lawrence recibe la misión de infiltrarse entre los hombres cercanos al Príncipe Feisal, autoridad del grupo árabe más importante, para conocer sus intenciones. Los ingleses esperan promover una rebelión de los distintos grupos de beduinos que se mueven en el desierto para debilitar la posición militar de los turcos, aliados de los alemanes, que controlan las principales ciudades de la región. Lawrence cumple de sobra con la tarea que le han encomendado, pero sus propósitos trascienden a los de los comandantes británicos. Subyugado por la belleza del desierto, Lawrence sueña con unificar a las diferentes tribus rivales y liberar Arabia de todo dominio extranjero. Para ello, gana la confianza de Feisal y de su hijo, proyectando y llevando a cabo hazañas que para los propios árabes resultaban en principio imposibles. La estrella de Lawrence y su ascendiente sobre las tribus nómades se tornan irresistibles cuando las fuerzas que ha conseguido reunir y poner a su mando conquistan, tras una increíble marcha a través del desierto, Aqaba, ciudad costera en posesión de los turcos de importancia estratégica mayúscula para el comando británico. Lawrence regresa a El Cairo y, una vez comunicada su gesta a los superiores ingleses, recibe apoyo económico y logístico para liderar la rebelión del mundo árabe frente al imperio otomano.

En la segunda parte del film Lawrence continúa adelante con sus propósitos, que, de momento, coinciden con los de los comandantes ingleses. Congregando tribus guerreras tradicionalmente enemistadas entre sí, ataca diversas posiciones turcas concediendo a sus soldados el derecho de saqueo de los enemigos. Pero su voluntad de unir el país parece cada vez menos posible, los diferentes grupos árabes pueden aliarse frente a un enemigo común, pero no parecen nada proclives a aceptar una autoridad nacional a la que someterse. Mientras ve decrecer su propia confianza y la de los demás, Lawrence es capturado y torturado por los turcos en Deera. Dado que no es identificado, salva la vida; pero su fortaleza espiritual se quiebra. Abatido, se dirige a Egipto a renunciar. Apelando a su vanidad de hombre excepcional, el general Allenby, a cargo de toda la operación aliada en Medio Oriente, lo convence de llevar adelante una última conquista. Lawrence vuelve a la arena y lidera a los árabes hacia Damasco, toman la ciudad, expulsan definitivamente a los turcos de la región y esperan a las fuerzas aliadas que avanzan desde el norte. Lawrence agita a sus lugartenientes para que

formen una confederación árabe y se hagan con el mando del país antes de la llegada de los británicos, pero las disputas internas prevalecen y su iniciativa fracasa. Entretanto, se expone el acuerdo anglo-francés por el cual ambas potencias deciden repartirse el control político del mundo árabe al final de la guerra y el Príncipe Feisal y el General Allenby sellan un pacto que acomoda convenientemente la situación a las nuevas circunstancias internacionales. Definitivamente resignado, el inglés que lideró la rebelión árabe soñando con la libertad y la unión del país, se retira del desierto y regresa a Inglaterra.

Acerca del interés histórico del film

En torno de la figura misteriosa de Thomas Edward Lawrence, David Lean construyó una obra magnífica que circunda pero nunca revela completamente su inescrutable carácter. Mérito indudable del film, que sostiene sus casi cuatro horas de desarrollo sin precisar jamás los motivos profundos de su protagonista. Y alrededor de Lawrence se compone una extraña danza de personajes y relaciones políticas que permiten atisbar un momento particular de la historia del mundo árabe, atrapado entre la dominación en retirada del imperio otomano y las ambiciones en ciernes de los ganadores de la gran guerra. Si, como sugiere la película, el sueño de Lawrence era conducir a las gentes del desierto hacia la construcción de una nación soberana, entonces hay que concluir que toda su monumental empresa se resolvió en fracaso.

Pero la película se cuida muy bien de presentar a su protagonista como un simple libertador. Lawrence es más un aventurero que un héroe; una especie de leyenda en acción; audaz, engreído, megalómano, terco e insondable, pero también un auténtico líder. El problema es que sus convicciones son oscuras e inaccesibles para los demás, y entonces el uso intrigante que realiza de su posición ventajosa entre ingleses y árabes, a la manera de una partida de ajedrez en la que cree mover todas las piezas, termina volviéndose en su contra. Como advierte Allenby en su conversación con Dryden al final de la primera parte, el hombre ha sido capaz de poner en marcha un increíble torbellino, pero ¿sabe adónde lo conduce?

Si uno se acerca un poco más a la figura de Lawrence encuentra que la evolución de su relación con el desierto sintetiza su recorrido personal en la historia. Desde una fascinación intensa –que la película relata en forma admirable dedicando extensas y soberbias secuencias a la marcha sobre la arena- hasta un hartazgo sin remedio. Lawrence exhibe toda su fortaleza para animarse y animar a los árabes a expediciones insólitas, se sobrepone muy pronto a su extranjería y llega a dominar el ambiente incluso mejor que los nativos, concreta proezas insospechables y reúne enemigos inconciliables, pero cabalga sobre un torbellino que no controla, similar al de sus propios deseos. Metáfora de su interioridad, cuanto más conoce el desierto más se conoce Lawrence a sí mismo y menos entusiasmo le queda para continuar.

Pero más allá de los motivos de su protagonista, la película plantea un conjunto de situaciones que permiten organizar una mirada sobre las especiales circunstancias históricas en las que el mundo árabe participó de la primera guerra y de su situación a escala regional y

global frente a la nueva configuración del tablero del poder mundial. En este sentido, una parte de la información histórica que la película recoge y proporciona es complementaria de *Gallipoli*, el gran film de Peter Weir sobre la participación de los australianos en la primera guerra mundial. Porque, más allá de las evidentes diferencias de todo tipo que pueden establecerse entre ambas obras, en las dos, con casi dos años de diferencia, la situación histórica de fondo es la necesidad de desalojar a los turcos de sus posiciones en Medio Oriente y, de esta manera, impedir la expansión hacia el este de sus fuerzas imperiales.

Sin embargo, no es el destino general de la gran guerra lo que está en juego; al comienzo de la película el comando inglés en El Cairo define con claridad la situación: “en realidad, nuestro enemigo es Alemania, los turcos son una distracción, ¿y los árabes? La distracción de la distracción”. De hecho, la toma de Damasco se sustancia muy al final de la gran guerra, cuando la suerte general del conflicto ya había sido decidida en otra parte. Por eso, detrás de las preocupaciones de orden táctico que rodean permanentemente a los estrategas aliados en la cabecera de El Cairo, y de su apoyo renovado a la figura de Lawrence, se esconden también motivos inconfesables: los intereses occidentales sobre el desierto, que la historia del siglo se ocuparía de demostrar de manera irrefutable.

A la vuelta de la epopeya, cabe preguntarse en qué medida la rebelión del desierto liderada por Lawrence no contribuyó a entregar a la voracidad de occidente un mundo árabe más homogéneo y menos indomable. La película deja planteada esta cuestión en la escena en la que Feisal y Allenby acuerdan el reparto de la autoridad en la recién conquistada Damasco. Ambos reconocen a Lawrence la parte fundamental del mérito por la gesta realizada, pero, por diferentes motivos, los dos le dan la espalda.

Indescifrable en sus razones íntimas y ambivalentes en sus logros, la causa de Lawrence se repliega sobre sí misma. El hombre que tuvo en un puño la situación militar del mundo árabe en medio de la gran guerra, abandona su desierto amado y odiado y se vuelve a Europa. Sin embargo, no ha ganado ninguna libertad: ni la suya propia, perdida para siempre entre los pliegues de su oscura voluntad, ni la del país que abrazó con pasión para conducirlo a nuevos amos.

Sobre el director y su obra

David Lean, nacido en Surrey en 1908 y muerto en Londres en 1991, se inició en la dirección en Inglaterra en 1942 con el film bélico *In which we serve*, codirigido por el dramaturgo Noel Coward. Con guiones del mismo Coward, realizó sus tres películas siguientes, la última de las cuales, *Lo que no fue* (*Brief encounter*, 1945) se convirtió en uno de los máximos hitos del cine romántico. Después, Lean adaptó dos clásicos de Dickens: *Grandes esperanzas* (*Great expectations*, 1946) y *Oliver Twist* (1948), primero de sus filmes en que actuó Alec Guinness, el Príncipe Feisal de Lawrence de Arabia. En sus películas iniciales se encuentran pocos trazos formales de la serie de filmes de costosa producción que realizaría desde la segunda mitad de los cincuenta. Sin embargo, Lean ingresó al cine trabajando como montajista y esta marca de oficio sí lo acompañó a lo largo de toda su carrera. En este ítem de

la realización siempre se mostró inquieto e innovador y rara vez dejó la edición de sus obras en otras manos; de hecho, a los setenta y siete años y a pesar de tratarse de una superproducción multimillonaria, Lean se encargó personalmente del montaje de *Pasaje a la India*, su última película, de casi tres horas de duración.

La estimación de la obra de David Lean entre los especialistas ha decaído bastante en las dos últimas décadas, sin embargo durante mucho tiempo fue considerado uno de los más grandes directores de la historia del cine. Películas como *El puente sobre el río Kwai* (*The bridge on the river Kwai*, 1957), *Lawrence de Arabia*, *Doctor Zhivago* (1965), o *Pasaje a la India* (*A Passage to India*, 1984), lo situaron durante casi tres décadas como el gran realizador mundial de filmes monumentales con inquietudes históricas. Para algunos especialistas, hoy sus películas más célebres son casi piezas de museo, lastradas por cierta tendencia a la monumentalidad y la búsqueda obsesiva de la belleza de las imágenes. Más allá de la consideración de la crítica, en muchos casos sujeta a las sucesivas modas, creemos que Lean construyó, desde mediados de la década del cincuenta, una obra de interés indudable, particularmente para los historiadores, llevando su pasión de cineasta a tiempos y lugares remotos y poniendo un empeño obsesivo en la recreación de ambientes y situaciones históricas poco conocidas, siempre muy lejos de los centros urbanos del mundo occidental. Si uno presta atención a las superproducciones de hoy en día, plagadas en todos los casos de efectos especiales y de trucos digitales, percibe que rara vez consiguen conjugar su pretensión de espectacularidad con el interés y el rigor de las historias. En cambio, como se puede apreciar en *Lawrence de Arabia*, sin apelar a un solo doble ni a los típicos trucos de laboratorio comunes en la época, Lean generaba un cine espectacular articulando magistralmente historia, personajes y escenarios; de este modo, la fuerza dramática y la consistencia narrativa del film no se diluía ni se disimulaba detrás del paisaje o de las escenas de gran acción, se realizaba con ellos. ¿De cuántos directores actuales puede afirmarse lo mismo?

Actividades

Actividad 1

Lea la evaluación del historiador Lucien Bianco* que citamos a continuación sobre la política imperial china ante el violento avance del imperialismo y compárela con la explicación que propone Frieden sobre el *estancamiento en Asia* en *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX*, Cap. 4 “Fracasos en el desarrollo”.

Amenazado, el Imperio se rehace. (Los dirigentes) se esforzaron por revivir y popularizar la ideología confuciana, puesta en duda implícitamente por los valores de los bárbaros de occidente [...]. Este esfuerzo patético por revivir el pasado y preservar lo que estaba agotado se encontraba a priori condenado al fracaso. [...] la obstinación conservadora fue tan extendida en los medios dirigentes que hay que hablar de un fracaso del Imperio central: dio una respuesta totalmente inadecuada a la gravedad del desafío lanzado por el imperialismo en expansión. (En Lucien Bianco *Los orígenes de la Revolución China*, Venezuela, Tiempo Nuevo, 1967).

Actividad 2

Indicar si la afirmación siguiente es verdadera o falsa y fundamentar. En el texto arriba citado de Frieden, el autor sostiene que: “el único factor que explica el rumbo seguido por las economías coloniales es la ineficiente política de los gobiernos”.

Actividad 3

Distinguir y caracterizar los factores analizados por Hobsbawm, Eric. J. *La era del imperio (1875-1914)*, Cap. 2 “La economía cambia de ritmo”, para dar cuenta de los cambios económicos en la Era del Imperio.

Actividad 4

Explique el significado que el historiador George Mosse le asigna a la frase “las certezas se disuelven”

Actividad 5

En el film *Lawrence de Arabia* se narra la progresiva desintegración de ciertas áreas del imperio otomano en conexión con el avance de las potencias europeas durante la segunda guerra mundial. En relación con ciertas instancias de la obra:

- Caracterice y desarrolle brevemente la rebelión de ciertos grupos árabes contra la dominación otomana liderada por T.E. Lawrence.
- Distinga y explique brevemente los intereses militares, políticos y económicos que sustentan la intervención anglofrancesa en el mundo árabe.

Bibliografía

Bianco, L. (1967). *Los orígenes de la Revolución China*. Venezuela: Tiempo Nuevo.

Bibliothèque de l'Assemblée nationale (2000). Traducción Sandra Raggio.

Carrère D'Encausse, H. y Schram, S. (1974). *El marxismo y Asia*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Packdaman, H. *Djamal al-Din Assad dit al-Afghani*, París: Traducción Luis César Bou, 1996.